GatoRex

INSPIRACIÓN FELINA PARA SEGUIDORES Y FUTUROS CONVERSOS



GATOREX

INSPIRACIÓN FELINA PARA SEGUIDORES Y FUTUROS CONVERSOS

VVAA

GatoRex



PARAÍSO
PERDIDO

Misiones 574-13
Guadalajara | México | 44500
hola@editorialparaisoperdido.com

primera edición noviembre 2019

corrección ortotipográfica

typotaller

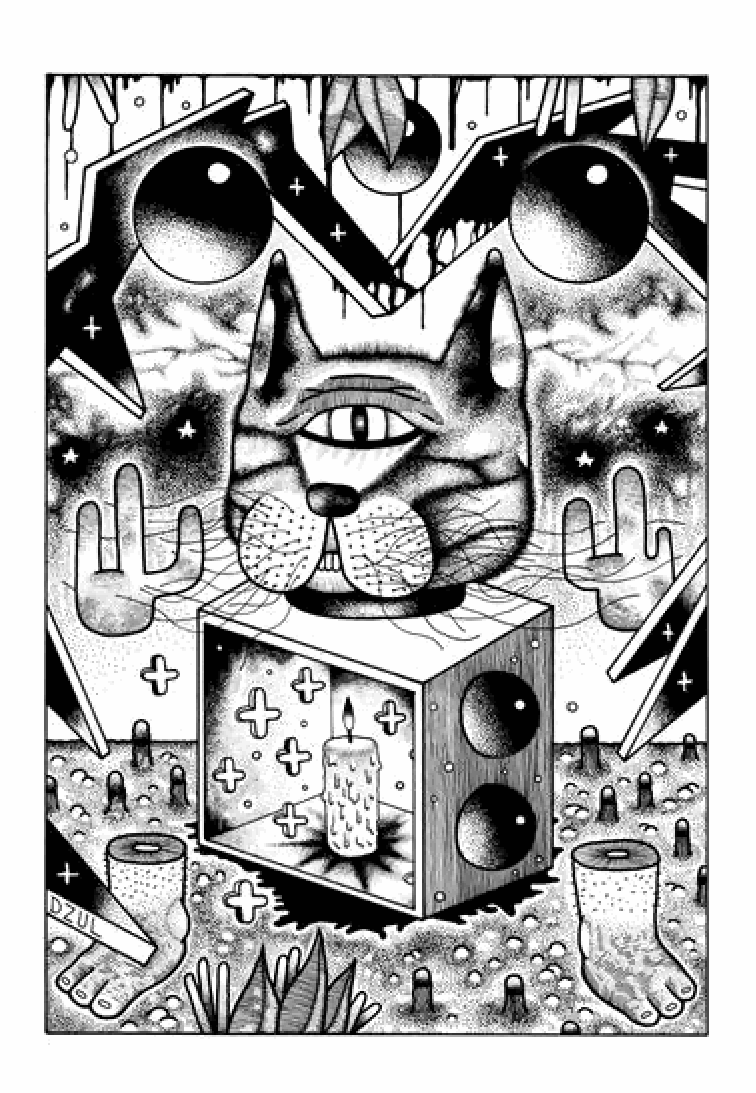
ilustración de portada
©Mariana Motoko

ilustración de interiores
©ChangosPerros, ©Abril Castillo
©María Magaña

diseño editorial
Antonio Marts /typotaller

isbn 978-607-8646-46-3

Impreso y editado en méxico


DZUL

ABRIL POSAS

Los gatos son rey

Ellos dicen «Miau», yo contesto «Sí, amos». Cuando se comparte hogar con un gato no queda ninguna duda: los demás creen que exageramos cuando nos ven gastar el dinero bien ganado en su comida, sus camitas, los juguetes que las grandes cadenas de tiendas para mascota nos dicen que necesitan para una mejor calidad de vida. Mientras que nosotros, los humanos que somos los pensantes y espirituales que limpiamos nuestro propio ano cuando vamos al baño pero sacamos las cacas del arenero de los gatos, caminamos por ahí con la ropa cubierta en sus necios pelos: máquinas de alergias andantes, catálogo inagotable de pelaje felino, hazmerreír de los que se creen superiores por tener perros hipoalergénicos —o peor: por tener hijos.

Y luego están los que exageran del otro extremo. Así que dejo en claro: no confío en la gente que dice que odia los gatos. Entiendo que no les gusten, así como hay gente que no le gusta el queso fino «por apestoso». ¿Pero odiarlos? ¿Qué cosa puede hacer un animalito que ronrronea de gusto cuando se acurruca junto a ti, que te provoque odiarlo? ¿Matar al padre de Íñigo Montoya? ¿Defraudar la banca? ¿Declararle la guerra al narco y luego lavarse las manos cuando la carnicería empieza? ¿Acosar a tus compañeras de trabajo? Claro que no, porque al único que se condena de esta lista es al parricida de Montoya, y es un personaje de ficción.

Entonces, propongo dejar las hipérboles —es decir: hechos comprobados— detrás y abro la puerta a las disertaciones y ficciones de un grupo diverso, que no me dejará mentir: te gusten o no los gatos, los vas a tener, de algún modo y otro, en tu vida. Aunque no lo decidas. Pon atención a estos 16 textos y al cuarteto de ilustradores que han rendido otro —sí, otro, porque hay miles aunque siempre hay espacio para uno más— homenaje merecido a los animales que aprendiste a odiar porque no te necesitan —tanto[1].

EDUARDO HUCHÍN SOSA

Ahora bien, ¿dónde quedó el gato?

A mediados de la década de este siglo, cuando aún vivía en Campeche, escribí un libro que se llamaba *La mínima comedia*, que me dio lo mismo momentos de felicidad que constantes dolores de cabeza. Era una novela para niños sobre un gato poeta, Gante Maulleri, que «a mitad del camino de sus nueve vidas, o sea, como en la vida cuatro y media, se encontró perdido en un callejón oscuro». Otro gato, que había cambiado su original nombre de Panucho por el más reputado de Virgilio, le servía de guía en diversos estadios del inframundo. Había más personajes gatunos, como aquel que se hacía llamar Lucifuz, con claros delirios de dominación mundial, y un cachorro a punto de nacer, denominado el Antigato, que nadie tenía muy en claro en qué lugar de la Tierra haría acto de presencia ni por qué era necesario saberlo. El caso es que el resultado terminó por ser decepcionante por una simple razón: yo, el tipo que había intentado contar una historia de proporciones cósmicas acerca de unos gatos, no tenía la mínima idea de lo que era vivir con uno.

Parece de sentido común, pero quizá se trate de algo mucho más profundo. Aquel libro estaba plagado de símbolos de uso cotidiano y rasgos que pretendían dar verosimilitud a los personajes —la elasticidad, el fisgoneo, la pulcritud— pero no mostraba ningún respeto por los hechos concretos, desde mi punto de vista, el requisito indispensable para escribir sobre gatos. Abundaban, eso sí, los malos trucos, la referencia a muchas expresiones sobre ellos aquí y por allá, y cierto chiste recurrente sobre un servicio de correo electrónico llamado «Hotmiau», pero nada de eso podía reemplazar la experiencia

de haberse relacionado con uno. La sola paradoja de que a veces necesitas quitarte al gato que se ha puesto entre tu vista y la computadora, a fin de terminar tu libro sobre gatos, dice cosas sobre la tenacidad, las necesidades materiales y el olvido de uno mismo, que son difíciles de entender en otras circunstancias.

Hay escritores a los que se les ve de lejos que no tienen mucha idea lo que es un gato. Marx, que de repente se queja de la «cantidad tan inmensa de artículos de primera necesidad que se derrocha en lacayos, caballos, gatos…», es uno de ellos. Algo debe decir sobre el filósofo del capital que le diera lo mismo un gato que un caballo que un ser humano al servicio de otro ser humano, acaso que era menos materialista de lo que presumía. Lo mismo sucede con Schopenhauer que, ante los juegos de un felino en su patio, caviló una vez sobre la costumbre, un tanto chiflada a su parecer, de pensar que un gato que vemos en el presente es distinto a uno que haya existido hace quinientos años. ¿Por qué?, se preguntaba Schopenhauer, ¿por qué no podría tratarse del *mismo* gato? Bueno, amigo, es algo complicado de explicar.

Cuando uno entra en la materia propiamente literaria, los ejemplos se multiplican. Uno de los más conocidos es el cuento «El gato» de Juan García Ponce, en donde una pareja proyecta sus frustraciones emocionales y sus necesidades de voyerismo en un gato que llega por azar a sus vidas. Desde el inicio el narrador habla del animal como si se tratara de un mueble, una comparación que le hace poca justicia a ese o a cualquier otro animal de compañía. En cierta escena, el protagonista deposita al gato sobre el cuerpo desnudo de su amante —cerca de sus pechos, como si no hubiera temor de Dios— y la imperceptible sensación de peligro convierte el momento en un acto artificial. No importa qué haga —si entrecierra los ojos, maúlla o se acurruca—, porque hasta un ciego se da cuenta de que esas son formas de cumplir las fantasías sexuales de Juan García Ponce, que incluso después escribió una novela entera en donde la gente discute sus interpretaciones respecto a aquel gato de ficción. La falta de autonomía felina lo vuelve más un recurso retórico que un gato, y los personajes humanos de aquel cuento —limitados a ver y ser vistos— no son más activos, por cierto.

Felinos mirones y poco diligentes, que terminan siendo meras representaciones de los miedos y los deseos humanos, hay en toda la literatura, pero algunos relatos —como «La historia de Webster», de P. G. Wodehouse, que forma parte de *Mulliner Nights*— al menos tienen el detalle de no ser solemnes. El gato en cuestión había pertenecido a un obispo antes de caer en manos del joven Lancelot y, por tanto, la certeza que tiene este último de estar siendo fiscalizado a todas horas por el animal está plenamente justificada. Henchido de autoridad

catedralicia, Webster empieza a conducir a su nuevo dueño por las montañas de la locura, pero en lugar de detallar un deterioro mórbido al modo de «El gato negro» de Edgar Allan Poe, Wodehouse describe cómo alguien puede convertirse en un tipo bien portado. Lancelot deja de ser el artista bohemio que era hasta ese entonces y se va transformando —para horror de su prometida, una practicante del verso libre— en un hombre decente. A diferencia de García Ponce, Wodehouse le da una nueva vida al estereotipo del gato inactivo que altera a quien lo posee. Entre otras virtudes, tiene el buen tino de no tomarse los símbolos ni la tradición demasiado en serio.

Pero entonces, ¿qué función debería cumplir un gato en una historia de gatos? Una anécdota de Philip K. Dick, según yo, ayuda a entenderlo. Cierta vez, el más paranoico de los escritores que voy a mencionar aquí les contó a sus hijas el caso del gato y el entrecot desaparecido, un enigma digno de una trama policiaca pero que a ojos de su biógrafo Emmanuel Carrère explica también el misterio de la Sagrada Eucaristía. Resulta que una mujer invita a cenar a algunas personas a su domicilio, para lo cual deja sobre la mesa un entrecot de cinco libras que, en un descuido, simplemente se esfuma. Nadie sabe a ciencia cierta qué ha sucedido, pero la presencia del gato de la casa, a quien se le ve muy satisfecho relamiéndose los bigotes en un rincón, da una pista invaluable sobre el crimen. Alguien, quizás un científico social, sugiere pesar al gato. Así lo hacen en la báscula del baño, que arroja con fatal exactitud la cantidad de cinco libras. Eso lo aclara todo, dicen los invitados, ya algo borrachos y convencidos de haber dado con el paradero de la carne. Sin embargo, alguien por ahí se pregunta en voz alta: «¡Aleluya, hemos ya encontrado el entrecot! Ahora bien, ¿dónde habrá quedado el gato?»

Si uno lee esta escena una y otra vez puede hallar en ella una útil metáfora de los problemas que entraña escribir historias sobre gatos o poemas sobre gatos o tesis sobre esas historias y esos poemas. Estamos tan concentrados en el poder expresivo de los símbolos, indispensables para darle validez literaria a nuestros textos, que perdemos de vista el carácter material del gato que íbamos a retratar. Escribimos una historia, que es como pesarlo, y con alivio descubrimos que se ajusta a nuestras suposiciones. Sin embargo, alguien en nuestro interior debería preguntarse: «Has encontrado esta cosa sublime que insistías en buscar, bravo. Ahora bien, ¿dónde quedó el gato?»

Eso no significa que el único género apropiado para representar a estos animales sean las descripciones minuciosas —más cartas de amor que literatura, tipo «Offenbach» de Guillermo Cabrera Infante— o los millones de videos de YouTube, tan convenientes para los investigadores de la conducta. Hay un cuento de Patricia Highsmith que me gusta mucho porque navega con fortuna entre el mundo de los

símbolos y el de las cosas concretas. Se llama «Lo que trajo el gato» y aparece en su libro *La casa negra*.

Highsmith comienza su relato describiendo un juego de Scrabble que mantiene a los participantes tan entretenidos que no advierten la llegada de Portland Bill, la mascota de la familia. El gato arrastra un objeto de unos quince centímetros que alguno de los presentes identifica como otro de esos pájaros que suele llevar a la casa, y alguien más, como una pata de ganso. Resultan ser unos dedos humanos. En medio del desconcierto, los personajes reunidos deciden averiguar por su lado antes de hablar con la policía. Las pesquisas los conducen hacia el autor del homicidio que, como acostumbra Highsmith, no es un vulgar asesino, sino alguien que plantea motivos incluso comprensibles para haber cometido un crimen.

Como se sabe, «Mira lo que trajo el gato» es una frase hecha en inglés (*Look what the cat dragged in*) que alude a la sorpresa que provocan los sucesos imprevistos. Pero en el relato de Highsmith, Portland Bill, además de inesperado, es ingobernable. Y he aquí la genialidad que lo vuelve más un ser vivo que un simple elemento literario. A lo largo de la trama, los personajes tendrán que enfrentarse a todo tipo de problemas morales, pero también están obligados a lidiar con asuntos prácticos, como el hecho de que el gato *de verdad* quiere quedarse con esos dedos. ¿En dónde conservarlos?, ¿en qué parte de la casa podrían estar a salvo de Portland Bill?, ¿serán suficientes el papel periódico, una caja de zapatos y un cajón bajo llave? No es la única dificultad: a menudo el gato interrumpe las conversaciones o las cavilaciones de los personajes —arañando superficies, empujando puertas o lanzándoles miradas incriminadoras— como si, en medio del juego detectivesco que ellos han emprendido, buscara recordarles que el mundo real avanza por cuenta propia.

En otro nivel, «Lo que trajo el gato» confirma que la vida apacible y civilizada convive con una realidad salvaje y sórdida, una idea nada novedosa para ser sinceros. Sin embargo, el cuento también deja en claro que las fronteras entre ambas realidades son negociables: al principio con el tipo de carne muerta que Portland Bill puede meter a la casa (tolerable cuando se trata de un pájaro entero, intolerable si es una porción de ser humano) y después con la gravedad del homicidio. No hay culpabilidad sin circunstancias y, en ocasiones, conocer los detalles provoca más compasión por el asesino que por la víctima.

Dice Sergio Chejfec que los escritores ponen en escena a los animales domésticos porque, «en realidad, los precisamos como público» y que en cada una de sus actuaciones late «la secreta y absurda esperanza de que nos observen». Si eso es verdad, habría que reconocer a qué tipo de lector aluden las historias de gatos. Si a uno

que no cambia en cinco siglos (Schopenhauer) o a uno que obliga a disimular determinados vicios de escritura (Wodehouse) porque encarna el sistema de valores dominante. Si a uno manipulable, casi un mueble, que solo se preste a los propósitos del narrador (García Ponce) o a uno ingobernable, inquisitivo, incómodo, que nos insista que allá afuera hay un sinnúmero de problemas materiales que a veces podemos insinuar en nuestras ficciones (Highsmith). En todo caso, iluminados por aquella historia de Philip K. Dick, tampoco habría que enamorarse en exceso de esa idea. ~

ATENEA CRUZ

¿No oyes maullar los gatos?

1. La familia pequeña vive mejor. (La Negra)

El primer gato que tuvimos lo pepenó mi hermano de la calle, no recuerdo su apariencia, pero su nombre lo tengo bien grabado: Bambino Foca Cruz Mickey *Watch Out* Minino Mexicano. Y sí, lo decíamos completo. Mi hermano tenía nueve años, yo seis. Ese verano fuimos a Michoacán a visitar a mis abuelos, llevamos a Bambino y se perdió. Al poco tiempo, la mamá de Marcos, un amigo de mi hermano, le regaló uno de los pequeños que su gata acababa de tener: «Van garantizados», le dijo. Era un gatito gris que murió atropellado por una de las combis cuya ruta pasaba por la calle de mi casa. Como era de esperarse, mi hermano hizo efectiva la garantía. Le dieron una gatita negra con la panza, las patas y parte de la cara blancas, y tres simpáticas manchitas alrededor del hocico que la hacían lucir como la máscara de *Anonymous*.

Ahora que soy una adulta me he dado cuenta de que la Negra era una gata muy perruna: mansa, protectora, juguetona, se resentía cuando salíamos de viaje y toleraba los juegos toscos con buen temple. También hacía travesuras: no pocas veces nos robó queso del plato (le encantaba) o descubrimos sus fechorías en la cocina gracias a las acusadoras manchas de mole en su patita derecha. La Negra era adorable… y súper fértil. En esa época a mi madre le parecía una crueldad esterilizar a las mascotas (por fortuna, ha cambiado de parecer); además, había rescatado una gata siamesa que unos niños horrendos traían en una bolsa de plástico para patearla y aventarla

como *freezbe* (lo que le dejó ataques convulsivos como secuela). En poco tiempo tuvimos dos gatas en pleno apogeo reproductivo.

A falta de control de natalidad, la casa se llenó de animales de manera descontrolada (teníamos, además, dos perros). Nunca nos faltaron gatos para regalar a familiares, amigos o a quien se dejara. No obstante, solían quedarnos uno o dos que terminaban apareándose entre ellos. Encima, los vecinos dieron en agarrarnos de albergue animal: gato vagabundo que veían, gato que echaban a nuestra casa. Hubo una temporada en la que llegamos a tener dieciocho de ellos. Los sillones de la sala estaban hechos garras, no había silencio a ninguna hora y los costales de croquetas se acababan a la semana. Era imposible tenerlos a todos adentro, así que los mudamos al jardín. Ahí afuera se volvieron un poco más salvajes, aunque yo seguía jugando con ellos como si de muñecas se tratara. Durante mi infancia mi hogar era, en esencia, un santuario gatuno.

Una mañana encontré el cuerpo destrozado de uno de los gatos más chicos: estaba abierto en canal, degollado y tenía parte del cráneo desollado. Todavía me estremece recordarlo. Lo enterramos en el jardín, como hacíamos con los que morían de viejos: no podíamos tirarlos a la basura, eran parte de la familia. Como en casa había piedra de cantera sobrante de la construcción, a mi hermano, que nunca le ha faltado inventiva, se le ocurrió hacer lápidas para las mascotas fallecidas. Tomó martillo, cincel y convirtió nuestro jardín en un pequeño panteón. A mi mamá le hizo gracia y a mí me pareció lo más adecuado.

Para nuestro terror, los asesinatos continuaron sucediendo. Un día me levanté más temprano de lo habitual, me aposté en la ventana y descubrí al homicida: uno de los gatos mayores. Estábamos impactados. Ñoña como soy, investigué hasta encontrar que ciertas especies animales, entre ellas los periquitos australianos y los gatos, ven en la sobrepoblación una amenaza para su subsistencia, así que eliminan a los especímenes más débiles. El instinto prevalecía en nuestras mascotas, pese a que el alimento jamás les faltó. Con mucho pesar tuvimos que deshacernos de casi todos los gatos. Menos de la Negra, claro, ella nos acompañó durante doce años más; luego la llevamos a casa de mi abuelo, donde murió de vieja. Siguió pariendo hasta el final. A saber cuántos de los gatos de México descenderán de ella.

Muchos años después, cuando cursaba la prepa, invité a una amiga a desayunar a mi casa.

—Vives cerca de la primaria en la que estuvimos mi hermano y yo —dijo Karla—. Me acuerdo de que a Óscar y a mí nos daba miedo pasar por esta calle, los compañeros decían que vivía una bruja.

—¿Una bruja? —repuse sorprendida—. Nunca había escuchado eso.

—¿Cómo no? Era una casa fea, me acuerdo clarito, tenía unas figuras raras en el jardín.

—Ah, se me hace que ya sé de cuál casa hablas, ¿de casualidad no era ésta?

—¡Sí!, de hecho está casi igual que entonces. ¿Cómo supiste?

—Porque aquí vivo —le contesté.

2. ¡¿Alguien puede pensar en los niños?! (Saussure)

A los veinte años dejé Durango y me mudé a Zacatecas para estudiar Letras. Fui cambiando de casa en mi búsqueda de un lugar barato y seguro. Cursaba el tercer semestre cuando aterricé en el tercer piso de un edificio en el centro de Guadalupe (un municipio considerado zona conurbada de la capital). Mi hogar constaba de un cuarto de regular tamaño; la cocina y el baño se ubicaban cruzando un patio que conectaba con el cuarto de lavado. Por suerte no tenía que compartirlos porque, aparte de mí, sólo había otro inquilino, que ocupaba un departamento hecho y derecho en el segundo piso. Parte de la planta baja era una taquería abierta toda la semana, de la tarde al amanecer. Como a la mitad de mi patio había un tragaluz que conectaba el negocio con el techo del edificio, los aromas ascendían sin impedimento alguno. Durante los meses que viví ahí, mis pertenencias y mi ropa ostentaron el poco discreto perfume de los tacos. Me pasó lo increíble: el olor de la carne al pastor me asqueaba.

Cuando me pesó la soledad les conté a mis amigos que necesitaba una mascota. Un día, al salir de clase, Ángel, Alejandra y yo nos subimos al vocho verde de Sergei y enfilamos a la veterinaria junto a Soriana. Afuera del local había una jaula con muchos gatitos y un letrero que decía «Se reciben gatos», entramos a preguntar. La respuesta nos pareció infame: no solo no regalaban los que ellos recibían gratis, sino que costaban una fortuna: doscientos pesos. Salimos decepcionados y refunfuñando. Pero Sergei y Ángel eran hombres de recursos: en diez minutos armaron un plan para robarse un gato para mí. Yo opuse tan poca resistencia que mi madre se hubiera sentido avergonzada. Nerviosas, Ale y yo volvimos al local a distraer al dependiente, mientras Sergei y Ángel hacían gala de sus malas mañas. Cuando los vimos alejarse en dirección al vocho supimos que habían triunfado y emprendimos la huida.

El botín del atraco fue un gato blanco, con un ojo verde y uno azul. Lo llamamos Saussure, en honor al padre de la lingüística. Descubrir que estaba cubierto de pulgas me liberó de la culpa de no haber pagado por él. Compré un jabón especial que de nada sirvió: tuve que

despulgarlo a mano limpia. Lucía precioso con su moño azul marino. Antes de irme a la escuela lo encerraba en el cuarto de lavado para evitar que se orinara en mi ya de por sí aromatizado cuarto.

Una tarde no lo encontré. La puerta del cuarto de lavado estaba abierta. Lo busqué con desesperación en el patio, el baño y la cocina, a pesar de que yo misma echaba llave. Subí y bajé las escaleras llamándolo. Nada. Volví a subir y reparé en el tragaluz: no tenía protecciones. El corazón me dio un brinco: seguro Saussure se había caído y estaba muerto. Corrí al local y me dirigí al taquero:

—Disculpe, ¿de pura casualidad no habrá visto a un gatito blanco? —pregunté con miedo de su respuesta.

—¿Cuál, el que siempre está llorando allá arriba? —me contestó displicente.

—Sí, es mi gato, ¿no vio a dónde se fue?

—No se fue. Yo subí por él, como estaba solo pensé que no era de nadie.

—¡Menos mal! Creí que le había pasado algo, ¿me lo devuelve por favor? —suspiré aliviada.

—Se lo regalé a mis tíos, si quiere vaya a ver si se lo regresan.

La casa estaba a calle y media de distancia. Toqué la puerta todavía nerviosa. Un señor entrado en años me preguntó qué se me ofrecía.

—Disculpe, me dijo el taquero que usted tiene a mi gato, vengo por él.

—¡Ah, vaya! Con que usted es la dueña irresponsable —contestó de mala gana—, dice mi sobrino que lo deja solo todo el día.

—Nomás en las mañanas, soy estudiante —repelé.

—¿Y para qué quiere un gato, si no lo puede cuidar?

—¿Qué? Pues para que me acompañe. Obviamente no puedo estar todo el día con él, pero…

—¿Sí sabe que los animales también se sienten solos? Por eso llora tanto.

—Es normal que llore —rebatí, ya molesta—, está chiquito, apenas se está adaptando.

—Mire, señorita, le voy a decir la verdad. Usted no le conviene a ese gato, lo descuida. Se va a atiriciar de tanto estar solo. Aquí en la casa nos gustan mucho —dijo mientras se hacía a un lado para que alcanzara a ver la sala, en la que jugueteaban un par de gatos gordos. También andaba por ahí Saussure, muy quitado de la pena—. Aquí los tratamos bien. Fíjese qué contento está su gatito. Si de verdad lo quiere, piense en lo que es mejor para él, déjelo ser feliz.

—Pero es mi gato —titubeé, poco convencida.

—Déjemelo, no sea egoísta. Si quiere puede venir a visitarlo —me

ofreció, en tono conciliador.

No supe qué contestar, así que me despedí. No volví a ver a Saussure. Ojalá haya valorado mi sacrificio de madre.

3. Vendrá la muerte y tendrá tus ojos. (Tomasita)

A los 27 años, cuando aún vivía en Zacatecas, me regalaron un *poodle golden* precioso que era la encarnación de Judas. Ni la escuela canina doblegó el espíritu punk de Cooper, así que acabé por regalárselo a Mauricio, un amigo que lo cuidaba cuando yo salía de viaje. Dos años más tarde volvió a hacerme falta compañía. Fátima, una de mis mejores amigas, me consiguió a Musa, una chihuahua trompuda de pelo largo que me hizo adorar a los perros. Tanto así que, luego de décadas de inmunidad, me hice alérgica a los pelos de gato.

Para 2016 había regresado a vivir a Durango. En una ocasión que mi mamá nos acompañó a mi sobrino Max y a mí a la central camionera (íbamos al Remate de libros del Auditorio Nacional), se topó con una gatita negra en la calle y se la quedó. La bautizó Tomasa, por la cumbia. Tomasita era la gata perfecta: docilísima, tierna, tranquila. Su carita era angulosa, en forma de diamante y mi mamá, que no es muy afecta a agarrar a los animales, se encariñó tanto con ella que la dejaba dormir en su cama y la cargaba todo el día, al más puro estilo de villano de película. Eran inseparables. A mí me fastidiaba un poco volver a convivir con gatos, ya me había acostumbrado a la dinámica de los perros. Pese al miedo que Musa le tenía, aprendieron a llevarse bien cuando íbamos de visita. Queen, la celosa perrita de mi madre, se resignó a tolerarla.

Una tarde de otoño, mientras tendía la ropa recién lavada, Tomasita insistía en frotarse contra mis piernas para conseguir una caricia. La alejé de mí con el pie, en un ademán muy poco amable. Después de un rato desistió y se alejó. Llegó la lluvia y después la noche. Al día siguiente no apareció. Ni al otro. Ni nunca más. Las personas son estúpidas cuando se trata de gatos negros: les temen y los matan. Mamá se puso tristísima y dijo que no quería volver a tener gatos jamás.

4. De lengua me como un taco. (Monet)

Pero supongo que, en el fondo, somos una familia felina. El año pasado mi hermano le trajo a mi mamá otra gata negra para que se repusiera de la desaparición de Tomasita. Al principio ella se negó. Mi hermano se limitó a dejársela. Para entonces yo había regresado a vivir con ella. Conformamos una comunidad completamente femenina: dos mujeres, dos perras y una gata. Mamá la llamó Monet.

Desde el principio me desagradó la expresión malévola de sus ojos amarillos y su fuerte temperamento. No sé si era porque ya estaba en la adolescencia gatuna cuando llegó, pero era todo lo opuesto a los gatos que habíamos tenido: arisca, invasiva, destructora de papeles y libros, tumbadora de adornos y con la terrible manía de subirse a la mesa o al fregadero para lamer los platos. Además, me mordía a la menor provocación. Por supuesto que la detestaba.

Como a mi mamá le ha dado por comprarle salchichas (un privilegio del que ninguna mascota gozó antes), vive apostada junto al refri, esperando una oportunidad para meterse y robar algo. Ha aprendido también a abrir la puerta de la sala y se apoderó de uno de los sillones. Quizá debido a los recuerdos, mi madre le tolera todo, incluso le divierte verla trepar por las cortinas (dice que hace danza aérea). Por mi parte, lo que encuentro más curioso de Monet es que habla muchísimo: nunca había escuchado tantas inflexiones en los maullidos: pide, contesta, reclama y, sobre todo, rezonga.

Desde que se jubiló, mi madre ha estado viajando por periodos prolongados; a principio de este año estuvo fuera un mes. Estoy acostumbrada a que las perras la extrañen, pero no vi venir lo de Monet: lloraba ante la puerta de su habitación, andaba cabizbaja y no quería comer (ella, que es una tripona). Adelgazó tanto que temí que se muriera de tristeza, por suerte no fue así. En el verano mamá volvió a ausentarse. Yo estaba saliendo de una crisis depresiva y, en una especie de proyección, me propuse no dejar que languidecieran Monet ni las plantas. Comencé acariciándola antes de desayunar. Tampoco esperaba lo que me pasó: la memoria táctil me devolvió un amado fragmento de mi infancia. Había olvidado el tacto sedoso del pelambre gatuno, la suave y tranquilizadora vibración del ronroneo. Por las tardes se trepaba a mi regazo para dormir mientras yo leía. Si la regañaba, se plantaba muy ofendida junto a la puerta para que le abriera y largarse hasta que se le pasaba el berrinche. Dejó de atacarme, empezó a jugar conmigo. Nos domesticamos la una a la otra.

Me gusta su caminar, a la vez desenfadado y majestuoso, que me recuerda la «Oda al gato», de Neruda. Tener un gato negro es poseer una minúscula pantera, una porción de selva.

—Quiero un gato —le dije a mi madre el otro día.

—Ya tenemos uno.

—No, pero uno para mí, chiquito, para criarlo. Además, esta ya está usada.

—¡Pues recíclala! Todavía sirve —contestó, frunciendo el ceño.

Siempre he encontrado un poco ridícula la creencia (últimamente

tan en boga) de que los gatos se ven a sí mismos como dueños del hogar y nos consideran sus esclavos. Me parece tan verosímil como aquello de que son extraterrestres y por eso los egipcios los veneraban. Creo que esta idea es producto de la ardorosa imaginación de gente con tendencias masoquistas o problemas de autoestima. En cualquier caso, estoy segura de que a los gatos no les interesa dominarnos. Aunque, sin duda, lo consiguen. ~

ALEJANDRA GARCÍA

Un gato violeta de ojos grises

(...) My cat is fluent. He
converses when he wants with me.

ROBERT DUNCAN

A mí los felinos no me hablan: cuando los miro, siento que me juzgan. A veces, cuando estoy cerca de algún animal, siento que en el interior hay una persona; imagino qué me diría si pudiera articular una secuencia de palabras. Algo cambia con los gatos, es más fuerte la sensación de que hay algo dentro. La sensación de que al acercarme se va a lanzar hacia mí. No sé si es o no humano, pero a mí los felinos no me hablan.

•

L me habló una vez sobre la reencarnación. Así recordé a mi bisabuela, con su figura pequeñita y encorvada. Nuestra dificultad para acercarnos. Su piel llena de moretones por las constantes caídas. Los ojos cada vez más claros que ya no distinguían lo que los rodeaba.

La reencarnación es un movimiento migratorio: el alma no vive exclusivamente en un cuerpo; entonces cuando muere solo cambia de hogar. Puedo imaginar a mi bisabuela así, como un gato violeta de ojos grises.

•

Antes de perder la movilidad la veía en el patio atendiendo sus plantas: malvas, begonias, ala de ángel. También le gustaban los pájaros. Tenía periquitos azules, blancos, verdes. Antes del dolor en las rodillas subía a su habitación, el punto más alto de la casa, para masticar hojas de menta. A veces iba a ver a su familia:

—Cuando estaba con mi hermana no me acordaba yo de mi casa, estaba muy a gusto con ella. ¿Pero ahora qué hago? Ya no la tengo. La echo de menos. Así que aquí me aguanto, me llega la desesperación de que no tengo que hacer.

Sé que a los gatos no les gusta el encierro.

•

Sé que a los gatos les gustan las alturas.

Ya que conservan su naturaleza felina, aun cuando viven rodeados de personas, siguen siendo excelentes cazadores. Por eso les gusta estar en situación de ventaja, por eso nos miran desde arriba. Entonces aparece un gato que incomoda a todos desde la azotea, un gato que adopta a sus nietos como hijos y los alimenta a todos sin salir de casa.

•

Yo también tengo algo de esa piel que se eriza, ese lomo que se queda tenso. También, a veces, me canso de convivir, de estar entre los otros y tengo que correr y salir y volver muy tarde. Yo también necesito mi cuerpo agazapado, una cierta altura para mirar.

•

Poco a poco fueron muriendo los conocidos. Ya no había a quién visitar y era difícil moverse. Entonces se quedó quieta. Los últimos meses ella solo vivió en su cuarto. Ya no volvió a la cocina. Tampoco al patio lleno de plantas.

—Es una cosa muy triste la gente sola —me dijo—, la gente sola es muy triste. Le pido a Dios que se acuerde de mí, me perdone y me lleve con él. Pido por mí y por tus padres, que tengan paz.

En su habitación había una silla en la que podía sentarse a rezar y platicar con quien llegara. Había también un armario, y dentro fotos de personas que nunca conocí. Cuando ella empezaba a hablar, yo escribía.

—¿Qué estoy haciendo yo aquí sin poder hacer nada? Sin poder salir. ¿En qué me entretengo? Nadie viene a hacerme visitas. Sea como sea, yo de todas maneras pido por lo que siento aquí sola.

•

Ella no buscaba respuestas; a esa edad creo que ya nadie lo hace. Yo lo había entendido. Ella recordaba a su familia, los lugares, las viejas costumbres. Era su forma de moverse por el mundo sin salir de su habitación. Narrar las otras muertes. La de una niña en el campo, la del hijo que solo dejó fotografías.

—Le lloraba mucho a mi niña. Un día la soñé. Mucha luz en sus manos. Me dijo «Mamá, tú no quieres», y desde que la soñé así ya no le lloré.

Sé que los gatos no se despiden, solo desaparecen. Tienen la capacidad para vivir sin nosotros. En pocas palabras: no nos necesitan, como las personas que aparecen en nuestros sueños tampoco lo hacen. Pero nosotros a ellos sí.

•

Eduardo Lizalde se refiere a los gatos como «domésticas deidades». Y en efecto, volver a ella es como hablar de una deidad en la que creí y ahora me resulta muy lejana. Dice Jacques Brosse sobre la vaca: «desde que se volvió inofensiva y familiar, hace un sinnúmero de siglos, hemos olvidado qué es la vaca, de manera que ahora no basta con mirarla para verla». Si confiamos en él, lo que nos parece más familiar es lo que, de hecho, menos conocemos.

•

—Hija, soñé a mi abue acostada, no se podía mover, tenía los ojos abiertos y la veía como si quisiera decirme algo, pero no podía hablar.

Cuando mi bisabuela murió, mi madre lo supo. Despertó en la madrugada y entendió qué había ocurrido. Cuando ella se fue, nos dimos cuenta de que su nombre no era Carmen. Han pasado casi ocho años. Ahora mi madre sabe que está bien, lo sabe porque la sueña. A ella sí le habla.

•

Los gatos domésticos que viven en comunidad encuentran la forma de comunicarse entre ellos. A veces lo hacen a través del olor o del

tacto. También emiten sonidos para llamar la atención, para invitar al contacto físico, para mostrar que algo les duele. También encuentran la forma de comunicarse con los humanos.

Algunas noches un gato peina mi cabello con sus patas y después duerme encima de él. Estoy en otra casa rodeada de amigos. Los gatos tienen gestos para mostrarte que ya eres parte de su familia.

•

Dice John Berger que «los animales son siempre los observados. (…) Lo que sabemos de ellos es un indicador de nuestro poder, y de ese modo un indicador de lo que nos separa de ellos. Mientras más sabemos, más alejados estamos». Por eso hay cosas que prefiero no saber, para quedarme cerca.

•

Mis recuerdos dicen que cuando mi bisabuela murió yo no lloré. Tal vez porque estuve escuchándola en vida. No confío en mi memoria. Pero escribir me da la certeza de haber vivido algunas cosas, de haber escuchado.

No sé si mi bisabuela dejó una herencia, solo recuerdo que cuando murió querían deshacerse de muchas cosas. Algunas solo cambiaron de dueños. Yo guardo un baúl verde, una mesa de noche color guinda y un vestido rosa con flores azules. El patio lleno de plantas ahora lo cuida una de mis tías y también lo ha poblado de pájaros. Pero en la casa ya no hay felinos.

•

—Hija, en el sueño más reciente ella estaba acostada. Yo le dije que si me dejaba dormir con ella, y ella me contestó que tenía que pedir permiso. Le pregunté que a quién y ella respondió «Ya sabes a quién». Es como si necesitara decirme o yo decirle algo.

•

Sé muy poco sobre los gatos: sé que les gusta la soledad, que no se hacen daño al caer, que conservan su naturaleza felina aun cuando son domésticos. Ellos no nos necesitan; si nos acompañan es por voluntad. ~

BERENICE CASTILLO

Cerrado por placer

A Kushka y Pistito, gatos imperiales

Los gatos nacidos en las últimas décadas han gozado de privilegios muy similares a los de los seres humanos, que han visto crecer su esperanza de vida gracias a las vacunas y los antibióticos. Nuestra especie ha invitado a su area de la calidad de vida a otros animales, particularmente a gatos y perros.

Pero quienes parecen haber llevado al grado extremo la reconquista de nuestro espacio —que en el comienzo de los tiempos ya era compartido con todo tipo de criaturas— son los gatos; no los perros, que con cada zarandeo de cola agradecen el centímetro regalado, el bocado ofrecido, el minuto invertido. No. Fueron los gatos quienes expropiaron el hueco de afecto, dinero y holgazanería que nos caracteriza a las últimas generaciones de adultos sin descendencia. Los gatos, *entrepreneurs* arrogantes que te pueden compartir todos los secretos del inframundo pero no la idea que les pasa por la cabeza, mientras te miran fijamente y, tras un breve parpadeo, desvían la mirada a cualquier otra partícula de polvo que no seas tú.

Sí, es verdad que siempre ha habido gatos: han sido inmortalizados en distintas épocas, como en los muros, altares y tumbas egipcias, momificados, adorados en diversas tradiciones y culturas, incluyendo a los mayas, que veneraban un gato talla xxl llamado jaguar. O sea que los gatos, desde su origen como integrantes de la civilización, han sido objeto de reverencia, por lo que muchos de los mitos y generalidades que se difunden sobre ellos, si no son cien por ciento veraces, tienen razón de ser.

Salvajes o domesticados, los gatos saben de la energía, de la dinámica de los cuerpos, de la textura de la carne, del miedo, de la

temperatura, de la muerte y de la vida en sus más instintivas manifestaciones, las mismas que los humanos o no conocemos, o hemos perdido bajo capas de tecnologías accesorias. Aquí estamos, después de milenios de mutualismo —incluso simbiosis por momentos — entre nuestras especies, sin saber qué es un gato.

Porque obvio, un gato es un animal de talla pequeña, en algunos casos mediana, capaz de alterar irreversiblemente el curso de la existencia de un animal pensante que multiplica por más de diez veces su tamaño y su inteligencia.

A diferencia de otros animales con la habilidad para diseñar y construir sofisticados ambientes para su subsistencia, como el nido de un ave o el dique de un castor, el gato se ha especializado en destruir. Con destreza encuentra las formas más sutiles, precisas y crueles de debilitar, herir, acorralar, desgarrar, precipitar y aniquilar a su enemigo. Y entre sus enemigos podemos encontrar a cualquier ser vivo —como el humano que lo alimenta— o cualquier objeto que amenace su supervivencia —como una hoja de papel hecha bolita.

A los gatos contemporáneos, como decíamos al principio, la medicina les ha dado oportunidades de las que carecieron sus antecesores. Sin embargo, ninguno de ellos se siente en deuda, obligado a retribuir ese beneficio no solicitado, acostumbrados como están, desde tiempos inmemoriales, a recibir exquisitas ofrendas libres de impuestos para ganar sus favores.

Gran misterio es la libertad ejercida en pequeñas dosis y el gato nunca se olvida de que tiene la llave del surtidor. Queda establecido en el contrato invisible de vasallaje que firma con su sangre cada nuevo tutor de un ejemplar felino, da fe de que tal balance en la relación ha existido siempre y así continuará siendo por la eternidad.

El vínculo estipula que el gato tiene autonomía para decidir qué tan libre puede ser su humano, así como si le apetece cazar insectos y ratones o no (el mío ha matado dos alacranes en un año, lo que le arroga el crédito suficiente para un sinfín de desaires); decidir si quiere quitarse para que pases, si quiere bajarse de la cama para que tiendas las sábanas, si quiere arañarte el pie en la madrugada o permitir que duermas.

Se nos ha inculcado que las mascotas son nuestros mejores amigos y que cuidar una es el segundo paso hacia la autosuficiencia y prueba de capacidad de cuidados (el primero es una planta y el tercero un hijo). Hemos leído en provechosos artículos que las mascotas son fuente de calidad de vida medible en censos y encuestas bajo la categoría de bienestar subjetivo y satisfacción con el entorno.

Según datos de Inegi y del estudio GFK *Pet Ownership 2016*, México es uno de los países que más mascotas tiene y, al mismo tiempo, de los que más las abandona: siete de cada diez perros y gatos en nuestro país vagan por las calles en busca de comida y techo. Pero los mexicanos igual abandonamos a los hijos y los padres. Así que, en todo caso, nuestro patrón de abandono podría albergar a casi cualquier ente subordinado y, por ende, las mascotas no deben sentirse objeto predilecto de nuestro desdén.

El estudio también demuestra que hay una pequeña diferencia de gustos entre hombres y mujeres dueños de mascotas, pues aunque entre ambos sexos predomina la preferencia de perros —por arriba del 60%—, las mujeres suelen tener más gatos que los hombres.

Por otro lado, tenemos que hablar de las personas que detestan a los animales. Cuando a alguien no le gustan los perros, normalmente le basta con no acercárseles; pero si detesta a los gatos, no solo no se les acerca, sino que disemina su ailurofobia hacia cualquier objeto, lugar o persona que tenga huellas de su presencia.

Si bien son conocidas las fobias a las serpientes, a las arañas o a los tiburones, la aversión a los gatos se manifiesta de formas particularmente crueles y sádicas. No es necesario detallar las torturas a las que se les somete con pretextos como los mitos, las enfermedades, el asco o el simple disgusto.

Nada que no se hubiera visto en la Edad Media, cuando un gato era sinónimo de brujería y su posesión se castigaba ejemplarmente. En aquel tiempo, los gatos como símbolo maligno fueron uno de los combustibles que utilizó la Iglesia para alimentar el fuego de su imaginario diabólico.

Curioso es que en español muchos términos y frases relacionados con los gatos tengan connotación despectiva o que refiera a su carácter enigmático, que nos engaña: «engatusar», «gatazo», «gatatumba», «gatear», «a gatas», «gato encerrado», «gato por liebre». La lista es larguísima, y seguro que cada quien encontrará sus referentes propios. Pero lo que queda claro, según lo registra nuestra lengua, es que a los gatos mucho se les ha querido y mucho se les ha padecido porque se nos van entre las manos antes de conocerlos y descifrarlos.

Ahora bien, en esta segunda Edad Media en la que nos tocó vivir, los gatos están cobrando venganza por aquellos amigos sacrificados masivamente hace siglos y, pian pianito, ganan terreno en la población de animales domésticos. Cada minuto aparecen en miles de fotografías compartidas en redes sociales, en *gifs*, en videos…, pero, ¿qué tienen los gatos que han colonizado a una gran proporción de la sociedad moderna?[2]

Comencemos por la dignidad altanera. Que no es que no la tengan otros animales, sino que en los gatos se halla en abundancia. ¿No está fresca y limpia el agua?, se dan la media vuelta. ¿No huele bien la comida?, media vuelta y ya veremos quién aguanta más. ¿No está disponible mi sitio de reposo habitual?, media vuelta y a ver quién busca primero a quién.

Después están los planes. Un gato siempre tiene un plan, por más dormido o contemplativo que esté. En su consciencia no hay lugar para la reflexión disyuntiva previa a la acción, como en nuestro caso. La uña intempestiva que te ataca, fue elegida *a priori* y pacientemente afilada durante horas de calma. Todos los músculos, nervios y reflejos agazapados sirven al plan maestro de la oportunidad, de responder y accionar el botón neuronal en el momento adecuado.

Luego está el espacio. Un gato, por más que te quiera, quiere más a su espacio. El metrónomo de su cadera lo mueve por lugares insospechados hasta que se acurruca en el lugar perfecto, calculado milimétricamente para que nada ni nadie traspase el velo de su ser: «Cerrado por placer. Vuelva más tarde. O no», se lee en el letrero invisible que cuelga de su cuello.

Los ojos. No he conocido un gato con ojos que pasen inadvertidos, sin provocar admiración, más allá de las convenciones de belleza. Son un relámpago que a veces precede al sonido, otras al silencio, flashazos arquetípicos de una lengua primaria que hemos olvidado y que apenas podemos intuir, como una partícula de gas o un patrón de expansión de los cuerpos celestes.

El discreto encanto de su descaro atrae devotos y aleja recelosos. Descaro que tira murallas y defensas por más arraigadas que las creamos. Descaro con el que arroja objetos mientras observa tu gesto suplicante de que no lo haga. Descaro al subirse a tus muebles, a tu cama, al mordisquear tus libros, al expulsar bolas de pelos para que las recojas, y lo más descarado que pueda imaginarse: subirse a tu pecho cuando estás recostada, ronronear, roncar y esperar que te duermas para acercar su fría naricita a tu cara. Descaradas y grotescas cursilerías como estas ocurren a los propietarios de gatos.

Después de comprobar que su dueño ha sido subyugado, el gato despliega su ser: su esencia como vehículo a las partes de uno mismo a las que no se puede llegar de otra manera. Comparte un poco de su simbolismo tántrico para cruzarnos a la orilla solitaria desde donde nos observa.

No es casualidad que en una época llena de personas hiperconectadas, y al mismo tiempo abismalmente solas, estas silenciosas mascotas sean las predilectas. Los dueños de un gato no se

ven obligados a extraerse de su soliloquio e interactuar con el resto del mundo como les exigiría un perro de raza mediana o grande.

El gato te conduce hacia el aislamiento de la «habitación propia», donde no se escuchan más que ecos del exterior. En ese encierro, los cuidados que demanda son imperiosos: una mínima caricia es una necesidad impostergable, en igual o mayor grado que la comida, el agua o la enfermedad. El resto del mundo y su orden de cosas son aplazables.

Los gatos compensan su manutención echándose en hombros la estupidez antropológica de su dueño para conducirlo a un nivel de conciencia animal liberadora y cósmica, encaminada hacia la partícula madre.

No está de más recordar que, como en otras interconexiones, la relación entre un gato y un humano contiene lo que han puesto en ella, la suma de lo que son. Por lo general, la gente floja tiene gatos flojos, la gente huraña tiene gatos recelosos y así sucesivamente. Como dice John Berger, las mascotas «son crías del modo de vida de sus amos»; las mutaciones de nuestra forma de vida los ha modificado igualmente. Así, creamos lazos que son extensiones de nosotros mismos, guías para no extraviarnos en la incertidumbre que es conocer al otro distinto.

En su libro *Gatos ilustres*, Doris Lessing nos presenta gatos monteses, invasivos, gatos sufrientes y victimarios, despiadados, gatos caprichosos y exquisitos. Gatas en celo, gatas parturientas que en medio del dolor aniquilan a algunas de sus crías y vuelcan su cuidado a las sobrevivientes. Animales con carácter propio, individualidad, más allá de la conciencia humana que los interpreta. Bestialidad majestuosa expuesta sin pudor, como en un lienzo de Lucian Freud.

Mientras que en otro extremo de la literatura gatuna, Pedro Zuazua relata su vida con su gata Mía en *En mi casa no entra un gato*, libro reciente que difícilmente habría existido en un mundo distinto a este, gobernado por el sentimentalismo de las redes sociales. Emotivo, personal y exhibicionista a la vez, el relato de Pedrín hurga en la conquista mutua de una gata y un humano decididos a compartir la soledad. Una gata tiernísima y divertida, adorable, protagonista de un relato muy *ad hoc* de nuestra época, poblada de adultos infantilizados.

Claro está que antes y alrededor de estos libros mencionados hay una inmensa literatura en la que aparecen gatos: desde Edgar Allan Poe hasta Natsume Sōseki, Colette, T. S. Eliot, Wislawa Szymborska, Julio Cortázar, Bohumil Hrabal y muchos otros autores, quienes han dejado posarse a las garras felinas en sus páginas.

Hrabal, por ejemplo, no solo escribía sobre gatos, sino que toda su existencia estaba orientada hacia ellos: eran su reposo, su terapia, sus

confidentes, sus hijitos, su preocupación y, paradójicamente, su punto de conexión más íntimo con la humanidad. Los gatos y la cerveza, sus únicos satélites mundanos y espirituales: «muchas veces me sentía vacío y desolado, no podía escribir y no me abandonaba la sensación de soledad y de haberme perdido; entonces [...] me plantaba en la avenida de árboles donde los gatos me venían al paso y yo los tomaba en las manos y me los apretaba contra la frente, los pelos de los gatos me sanaban de la resaca y de la melancolía».

A Hrabal, como a mí, nos parece que «mis gatos solo vivían de verdad en mi compañía». Ese espejismo es una más de sus conquistas, internarnos en una metarrealidad en la que al fin nos pertenecemos.

Wislawa Szymborska lo vislumbra más devastadoramente en su poema «Un gato en un piso vacío»: «Morir, eso no se le hace a un gato. / Porque qué puede hacer un gato / en un piso vacío. / Trepar por las paredes. / Restregarse entre los muebles. / Parece que nada ha cambiado / y, sin embargo, ha cambiado. / Que nada se ha movido, / pero está descolocado. / Y por la noche la lámpara ya no se enciende. / Se oyen pasos en la escalera, / pero no son esos. / La mano que pone el pescado en el plato / tampoco es aquella que lo ponía. / Hay algo aquí que no empieza / a la hora de siempre. / Hay algo que no ocurre / como debería. / Aquí había alguien que estaba y estaba, / que de repente se fue / e insistentemente no está./ Se ha buscado en todos los armarios. / Se ha recorrido la estantería. / Se ha husmeado debajo de la alfombra y se ha mirado. / Incluso se ha roto la prohibición / y se han desparramado los papeles. / Qué más se puede hacer. / Dormir y esperar. / Ya verá cuando regrese. / Ya verá cuando aparezca. / Se va a enterar / de que eso no se le puede hacer a un gato. / Irá hacia él / como si no quisiera, / despacito, / con las patas muy ofendidas. / Y nada de saltos ni maullidos al principio».

Los gatos son gatos. Son hojas hinchadas de un árbol recién llovido y cáscaras de naranja en invierno; son bioluminiscencias que rompen la orilla del mar nocturno; son fractales de Mandelbrot propulsadas por una cadencia recursiva. Son lo que son cuando no los vemos, una lejana lengua tonal de susurros, una cápsula hermética entrando a la exosfera palpitante. Los gatos son solo gatos. Y lo seguirán siendo aunque nunca lleguemos a saber qué es un gato. ~



JOSUÉ SÁNCHEZ

Alf, el extraterrestre

El día en que Natalia conoció a su primer extraterrestre, las niñas de su ciudad comenzaron a desaparecer. Aquel viernes de agosto, sus padres volvieron del trabajo con un *VHS* cuya portada de fondo negro exhibía algo que parecía la cruza entre un perro y un canguro: peludo, un hocico largo que daba la impresión de estar formado por varias donas apiladas una sobre otra y unas fosas nasales tan grandes como para esconder en cada una tu pulgar.

—Es Alf —apuntó su padre.

A su madre le bastaron diez minutos del primer capítulo de la *sitcom* para decidir que no era para ella y se fue a dormir. Su padre se esforzó un poco más, pero media hora después hizo lo mismo que su esposa.

Natalia vio el casete completo, lo guardó en su caja y lo dispuso encima de su mesita de noche. Antes de dormir se esforzó por visualizar la oscuridad casi viva del espacio exterior acechando varios kilómetros por encima del techo de su casa. Solo entre sueños se preguntó si, como a Alf, le habría gustado vivir ahí.

A la mañana siguiente, el periódico decía que los padres de Rosa Almeida, de 13 años, habían visto a su hija por última vez la tarde del día anterior, cuando salió para jugar videojuegos en casa de sus primos, a tres cuadras de la suya. Los niños dijeron que su prima nunca llegó.

Natalia y Rosa habían hecho equipo en los partidos de futbeis que jugaban con otros niños de la cuadra. Una vez la niña la defendió de un bravucón que acusó a Natalia de hacer trampa para robar una base. «¡No te dejes!», le dijo Rosa aquella vez y nunca lo iba a repetir.

El lunes, el Departamento de Salubridad instaló a la entrada de su primaria un módulo de vacunación antirrábica. Todos los días después de clases, Natalia observaba las filas de vecinos cargando a sus perros y gatos; poco a poco intentó relacionar el aspecto de los dueños con sus mascotas y para el viernes, harta de no encontrar ningún parecido, comenzó a imaginar sus manos acariciando aquellos lomos y orejas peludas.

—Ayer traje a Cuish —le soltó una voz a su espalda. Era el Chino, un niño que se incorporó a su grupo a inicios de año. Venía de un estado del Sur, no recordaba si Chiapas o Campeche, mucha gente no le hablaba y Natalia sabía por qué. Al principio creyó que era porque su familia recién había llegado a la colonia; después supo que se debía a su apodo: a pesar de su cabello lacio y ojos grandes, le decían Chino porque sus padres tenían una taquería a la entrada del Fovissste y lo más cercano al ganado en la región eran los perros y gatos callejeros que rondaban las calles de la ciudad.

—¿Quieres uno? —continuó el Chino.

Natalia lo miró de soslayo y volvió a observar a las mascotas que entraban y salían del módulo. El Chino se paró a su lado.

—Te puedo conseguir uno.

—¿Quién te dijo que no tengo mascota?

—Tu ropa no trae pelos. Tampoco tienes rasguños en los brazos. Diario te paras aquí una hora mientras ves a la gente que trae a vacunar a sus perros y gatos. —Una oleada de calor cubrió la cara de Natalia y el niño continuó— Al menos sé de varios gatos que necesitan casa.

Natalia pensó en los rumores acerca de la familia del Chino y comenzó a frotar las correas de su mochila.

—Como quieras —el niño enfiló por la banqueta.

Ella lo vio alejarse un par de metros, miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus compañeros los veía, revisó la hora en su reloj y cuando se dio cuenta ya iba trotando junto a él.

—Sí quiero uno —lo tomó por el brazo.

Él se detuvo y examinó su cara, como si ahora fuera su turno de sopesar todos los rumores que sabía sobre ella. Al final asintió.

Veinte minutos después estaban en los terrenos baldíos detrás del Deportivo Mártires. A su izquierda, más allá de los restos de escombro, tabique y los fierros que habían sobrado de la construcción del complejo, se abrían las canchas de cemento recibiendo el sol a bocajarro. A su derecha, entre hierbajos y gravilla, cruzaban varios pares de rieles por donde avanzaba la Bestia. El Chino se paró al pie de un hueco formado entre lajones de concreto, extrajo una lata de atún de su mochila y la dejó abierta en el suelo. Un gato negro salió

del hueco y saludó al niño frotándose contra su pierna; lo siguió un gato gris cuyos huesos se distinguían bien bajo la delgada piel del lomo y al final apareció uno atigrado que saludó con un maullido a los demás.

Natalia los observó mientras compartían el atún e imaginó la cara de su padre al descubrir a un gatito en la sala de su casa, la retahíla de condiciones que enumeraría su madre para que pudiera conservarlo y en cómo ambos discutirían en algún momento sobre si a ella, su hija, le convenía tener una mascota a esa edad.

Chasqueó la lengua y esperó a que el Chino se hiciera a un lado para elegir al animal que adoptaría.

Antes de que pudiera posar su mano sobre alguno de ellos, un bufido escapó del fondo del hueco de concreto. Los animales huyeron y el rasguño de unas patas se dejó escuchar entre la oscuridad de la cueva. Natalia se alejó a la espera de que una rata saliera por ahí; el Chino no se movió de su lugar.

Los rasguños seguían acercándose.

Otro bufido se abrió paso entre la oscuridad.

Primero apareció la cabeza: tan grande como el puño del Chino y cubierta de un pelaje canela. Después los ojos negros, atentos a que nada más allá de la cueva de concreto pudiera lastimarlos. Natalia no sabía si estaba frente a un gato, un perro o una especie rara de marsupial; lo miró con más atención y descubrió que donde debería estar su hocico solo había dos agujeros por donde respiraba con dificultad. El animal sintió la mirada, agachó la cabeza como si pidiera perdón por lo que estaba a punto de hacer y sumergió su cara en los restos de la lata de atún.

—Lo descubrí la semana pasada… —el Chino abrió una nueva lata, la puso en el suelo y el animal se abalanzó sobre ella—. No quiero ni saber quién lo dejó así.

De repente, el animal dejó de comer y olisqueó el aire que lo separaba de Natalia. Parpadeó varias veces en un intento de procesar el conjunto de sensaciones que había recogido y alargó una pata hacia la niña como si tratara de saludar.

A Natalia le daba igual si aquello era un gato o no. Ahora tendría quién la acompañara por las madrugadas a la hora de hacerse el desayuno, alguien que vería la tele con ella por las tardes y se echaría a su lado en los sillones los días en que sus padres tenían que viajar.

Lo cargó con cuidado y decidió llamarlo Alf.

—Me llevo este.

—¿Tienes dinero para el veterinario?

Natalia contempló a Alf durante un instante.

—Lo puedo conseguir.

El Chino tenía razón. El primer «pero» que pondrían los padres de Natalia para recibir a aquella mascota sería el dinero. No había ahorrado nada en el último año y conseguir un trabajo a su edad no era fácil. Pagar por los cuidados de Alf sería la única forma de convencer a sus padres de que podría hacerse responsable de él.

—Mientras ahorras, se queda aquí —el niño tomó al animal y lo dejó en el suelo para que siguiera comiendo.

Natalia comenzó a guardar el dinero que le daban sus padres para ir a la escuela. En el recreo solo bebía agua o probaba un poco de la comida que le ofrecían sus compañeros. Si nadie le regalaba algo, se acomodaba en alguna jardinera y mientras los demás niños saboreaban sus tortas o sándwiches, ella cerraba los ojos y moldeaba la oscuridad hasta que apareciera la cara de Alf. Por las tardes le llevaba comida y así descubrió que además del atún, le gustaban igual que a ella la pizza, los skittles, las rebanadas de queso amarillo y las papas fritas con limón.

En algunos recreos, el Chino hacía hincapié en lo que necesitaban los gatos.

—¿Cómo sabes que Alf es un gato? —contestó ella en una ocasión, harta sobre los detalles de una dieta para evitar la diabetes felina— Ni siquiera come lo mismo que ellos.

—Te falta experiencia —el Chino siguió enumerando consejos y Natalia se preguntó qué tanto disfrutaba su amigo de su propia voz.

Natalia visitaba a Alf en el baldío y jugaban durante horas. A veces, lo trepaba en su regazo e imaginaba que el paisaje a su alrededor era lo que quedaba del mundo: un montón de pedazos de concreto desperdigados a sus pies y vías oxidadas por donde no pasaba ningún tren. Para ella, ambos eran los únicos sobrevivientes de una guerra nuclear.

—A ver si ya compones tu nave —le decía a Alf en aquellas ocasiones y este, como si estuviera harto de que Natalia no entendiera la telepatía, volvía a su cueva y se echaba a dormir.

Por aquel entonces, en el periódico se publicó la foto de otra niña desaparecida. Se llamaba Carmen Campos y tenía 15 años. Lo último que sus padres supieron de ella fue que la tarde anterior había ido al cine con unos compañeros de clase. Esa misma noche, los compañeros de Carmen dijeron que ella nunca llegó a la cita. Cuando Natalia pasaba por la secundaria a la que iba la niña, contemplaba sus fotos y carteles pegados en el portón; esas veces intuía que su cara podría aparecer en el mismo lugar.

A partir de entonces, cada vez que Natalia visitaba el baldío le

pedía al Chino que la acompañara. Su amigo seguía haciendo comentarios sobre lo que Alf debería comer, lo mucho que necesitaba atención, el modo en que Natalia debía cargarlo y demás recomendaciones que ella recibía con una mueca o en silencio.

Cuando el Chino no podía acompañarla, Natalia se sentaba en la cocina de su casa y contemplaba el juego de cuchillos junto al lavabo. Tomaba uno, comprobaba el filo de la hoja y lo blandía en el aire, ¿sería suficiente para defenderse si salía sola? Lo acomodaba junto al resto de los utensilios y caminaba de un lado a otro de la casa hasta que sus padres regresaban del trabajo. En días así, se iba a dormir calculando cuántas latas, barritas, galletas o demás chucherías le había dejado a Alf la última vez que lo visitó.

Un día, harta de esperar a que su amigo tuviera tiempo de acompañarla al baldío, tomó uno de los cuchillos y salió de casa al atardecer. Después de pasar casi una hora tabaleando sobre una lata de atún frente a varios montones de escombros, aceptó que Alf no volvería.

Al otro día, le contó al Chino lo que pasó.

—Así son los gatos. Tenías que llevártelo antes.

—Sea un gato o no, hoy lo voy a esperar.

—¿Por qué insistes en que no es un gato?

—Solo tú crees que sabes lo que es —Natalia recordó las veces en que le había preguntado por su nave a Alf.

—Con razón ni buena comida le dabas —el Chino parecía haber leído su mente y entre risas le habló sobre la fingida necesidad de cariño con la que se manejaban los gatos y lo mucho que odiaban la comida chatarra. Lo último que captó Natalia fue «¿por qué crees que se largó?».

—Tú los cuidas bien porque quién sabe desde cuándo tienen un criadero tus papás. —Natalia había incubado aquellas palabras desde hacía tiempo y no lo supo hasta soltarlas.

Él la miró en silencio y por un momento pareció buscar el modo de desmentir los rumores sobre la taquería de sus padres. Entreabrió los labios y una parte de él le imprimió fuerza a su mandíbula hasta trabarla.

—A veces creo… —dijo al cabo de unos segundos mientras la señalaba—. Creo que arrugas la nariz como gato.

Natalia se cubrió la cara con la mano y cuando captó la intención de lo que acababa de escuchar y la sonrisa de su amigo, deseó que su palma la ocultara más.

Antes de despedirse, el Chino prometió acompañarla ese día en la búsqueda de Alf.

Ya entrada la tarde, Natalia llamó varias veces a casa de su amigo, pero nadie contestaba y cada tanto se asomaba a la calle como si así lo obligara a llegar. Al darse cuenta que llevaba más de una hora de retraso, respiró hondo y sacó el atún de la alacena. Quería escuchar las excusas del Chino al día siguiente, cuando le dijera que ella sola había encontrado a Alf.

Tomó dos cuchillos, los más largos y ligeros que encontró. Mientras buscaba la manera de guardarlos, ignoró el ruido del portón. Escuchó un taconeo y cuando levantó la mirada se topó con su madre acodada en el umbral de la habitación.

Nunca la había visto tan asustada y furiosa al mismo tiempo, ¿a dónde chingados iba o qué pensaba hacer? Natalia le contó la verdad y solo empeoró las cosas: su madre no quería ningún animal callejero en su casa y menos si este venía del mismo sitio donde apenas habían encontrado un cadáver de las niñas desaparecidas. Natalia recién se enteraba; aquella vez concilió el sueño poco antes del amanecer.

Sus padres tuvieron que despertarla para llevarla a la escuela al día siguiente. El camino transcurrió entre órdenes de quedarse en casa y no adoptar mascotas de la calle.

—Un día de estos vamos a una tienda y escoges un gato —Su padre abrió la puerta del auto y se despidió de Natalia. Ella dejó que la idea se quedara en el aire y se apeó.

Poco después de sentarse en su banca, un hombre y su mujer llegaron al salón acompañados del director. Hablaron con la maestra: el hombre miraba igual que los sordos y hablaba quedo; su mujer se cubría el torso con los brazos en un intento de contener algo capaz de rajarle la piel.

Eran los padres del Chino: su hijo había desaparecido la noche anterior. El hombre insistió en que el niño solo le dijo que daría una vuelta por el Deportivo y volvería para trabajar con él.

Natalia permaneció quieta: la maestra, los padres del Chino, el director y sus compañeros seguían hablando como detrás de una pantalla en la que alguien había apretado el botón de *mute*. Cualquier cosa que dijeran en ese momento, la niña las traducía como frases que le aseguraban: «él salió de su casa por ti y gracias a ti no va a regresar».

Volvió al Deportivo a pesar de las advertencias de sus padres y se quedó ahí hasta anochecer.

Desde que llegó dispuso una lata de atún en el suelo; pasadas las horas ningún gato se acercó. Volvió a pensar en Rosa, Carmen y su

amigo. Cerró los ojos con fuerza, contaría hasta diez y cuando los volviera a abrir, contemplaría un set hecho de concreto, gravilla y fierros amontonados bajo la luz blanca de unas farolas de utilería, como si ella misma fuera un personaje dentro de una serie donde todos abandonan la Tierra y van a un lugar del que no sabe nada porque aún no le corresponde saberlo. Cuando volviera a abrir los ojos, entendería que el pedazo de suelo donde estaba parada era parte de una estación o módulo espacial que su amigo, Carmen y Rosa también pisaron antes de desaparecer, apenas un montón de tablaroca pintada de gris, tabiques de hule espuma, herrería hueca y estructuras de yeso cubriendo cables y enchufes enfundados en cinta de aislar. Abriría los ojos y la voz de alguien le gritaría que había sido suficiente por hoy, que se quedara con la idea de que ella era la única niña en la Tierra que no entendía de extraterrestres y el resto de los capítulos en la serie tendrían que ser así.

Contó hasta diez y lo primero que observó fue la lata de atún vacía y al lado, Alf. ~

ARELY VALDÉS

Caer de espalda

De primeras, la cosa había sido divertida. Mucho jijijajá con los *bell-boys* hasta que empezaron las quejas. Por supuesto que Lili no imaginó con lo que habría de lidiar en su primer empleo, mientras aprendía de manuales de cubertería. Reconocer entre un tenedor de ostras y uno de postres era cosa inútil frente a los gatos.

Al inicio, meses atrás, los guardias comenzaron a hablar de un gato que siempre iba a saludar. Apareció una noche dando la vuelta desde la esquina del *valet parking*. Inspeccionó los arbustos bien recortados y se fue por donde vino. Continuó regresando todos los días sobre la misma hora. Al rito de inspección le agregó un rondín sobre la fuente y maullidos de reconocimiento al guardia en turno. La visita minina se convirtió en todo un acontecimiento. Cuando se divisaban sus rayas arribando desde la esquina se hacía correr la voz, y recepcionistas y botones se apostaban frente a la puerta de cristal para observar, entretenidos, al que ya habían bautizado como *El Rayo*.

Poco después, Lili supo por Graciela, con quien solía compartir turno en la recepción y que, a pesar de no moverse de su sitio tras el mostrador, estaba enterada de cada cosa que ocurría en el hotel, que Rayo también visitaba la cocina. Lili pensó, mientras escuchaba distraídamente a Graciela, que hubiera preferido estar en cocina. El *lobby* era frío y por lo general demasiado tranquilo para su gusto. Solía pasar el tiempo viendo a huéspedes entrar y salir de las habitaciones que rodeaban el área, del primer piso al noveno, entre las plantas colgantes que adornaban los pasillos-balcones. Procuraba no quejarse del aburrimiento, porque se reconocía como una de las personas

afortunadas que consiguen empleo tras poner un pie fuera de la universidad. Pero fantaseaba al respecto. Se veía a sí misma decorando pasteles con la misma agilidad de los reposteros de Instagram. En cocina, a Rayo le llamaban Gray, y El Gray hacía casi lo mismo que a la entrada del hotel. Se aproximaba saltando desde el muro del pequeño patio de la cocina, husmeaba entre los desechos y correteaba entre los pies de cocineros y lavaplatos. Nadie lo sacaba a patadas. Lo recibían exultantes: ¡ya vino El Gray! ¿Qué tenemos hoy para él?

Cerca de una semana más tarde, desde lavandería vino la primera queja. Un pinche gato gris, como escuchó Lili directo de la boca de la supervisora de limpieza, y no quiero pelos de gato y alguien tiene que hacer algo al respecto y el muy cabrón se mete como si fuera su casa. El alboroto que montó cuando supo que en cocina le daban de comer y que era el rey del Snapchat de Graciela fue a dar a los oídos del gerente general. Él, discursivo y políticamente correcto, se zafó del asunto pidiendo que se ignorara al animal y se concentrara cada uno en desempeñar con calidad las actividades que le correspondían. En cocina no pudieron disimular la decepción de tener que rechazar las visitas del Gray. Los guardias y botones se vislumbraron desentendiéndose del rondín de Rayo y una cosa que no supieron nombrar se les encogió por dentro. Lili intentó suponer qué le diría su abuela, quien le esperaba en casa, cuando le contara el episodio. Vivían juntas. Sentía pena de hacerle pasar tanto tiempo en soledad. Le imaginaba renqueando, por los clavos en su cadera, apoyada muy apenas en un viejo bastón que ya soltaba astillas. Se le ocurrió de pronto que podría agarrar a Rayo. Adoptarlo. Soledad resuelta.

Un par de noches luego, Lili meditaba al respecto. Veía más allá de la gran puerta de cristal del recibidor. Era una noche apacible. Imposible saber si había luna. El *lobby* brillaba en exceso. Su compañero de turno, un chico de nuevo ingreso, había ido al baño. Dentro de poco iniciaría la temporada alta y aquella quietud se extrañaría. Escuchó el inconfundible zumbido de las puertas del elevador al deslizarse. Descalza y mal envuelta en bata de baño, se aproximó una mujer rubia, ojerosa. Lili echó una mirada a su reloj de pulsera. Quince para las tres. La mujer, de visible malhumor, se acercó hasta ella. Que si podía enviar a alguien a su piso. Que desde temprano escuchaba chillidos de gatos fuera de su ventana. Que si podía alguien hacerle el bendito favor de subir a espantarlos. Que así no podía dormir.

¿Gatos? Replicó don Manuel, guardia en turno, cuando Lili le pidió que subiera a la terraza del quinto piso para averiguar qué estaba ocurriendo. Ella había pensado, al observar alejarse a la mujer rubia del 512, ¿a quién solicito que vaya? Intendencia entra hasta las ocho.

Control de animales fuera de la cuestión. Don Manuel, un señor bonachón con entradas, no tardó en subir y volver. Que no había nada de nada, ni gatos ni rastro de uno. Que la terraza estaba en santa paz. Que esos huéspedes luego quieren que uno los salve de sus propias pesadillas. El compañero de recepción regresó del baño y la señora rubia no bajó de nuevo.

En casa, Lili le preguntó a su abuela qué le parecía la idea de tener un gato. El asunto de la adopción felina discurrió sobre el espacio que ocuparía, por la habilidad trepadora minina en aquel lugar reducido y acabó con la historia de los clavos. La abuela de Lili había caído de un árbol hacía muchos años.

Narraba haber visto el cielo y la luz del atardecer colándose entre el follaje de los árboles del parque, antes de sentir el beso de la tierra. Así decía. El beso. Tenía catorce años. No hubo vals durante su fiesta de quince porque la fractura en su cadera tomó varias operaciones repararla y más de un año en terapia física para que le permitiera ponerse de pie y caminar sin apoyo. Pasó la fiesta en silla de ruedas. De las pocas fotos que todavía conservaba de la celebración, sobre su rostro menudo no había rastro de frustración o tristeza. Lili no lo comprendía. Ella, en el sitio de su abuela, habría estado desolada. Habría permitido que la dependencia y la sensación de estorbo la vencieran. Lili la había cuestionado. Fue la cadera y no el cráneo, le dijo su abuela. Si hubiera sido el cráneo, ¡creo que hasta vi la primera estrella de la noche! Me hubiera llevado al cielo sellado en los ojos si me enterraban. Pobres de los que cierran los ojos cuando se desploman.

Pero que lo del gato es buena idea, Lili. Que así, aunque con retardo, aprendería a caer con gracia.

Lili, tras su día de descanso, fue recibida en el hotel con una novedad. Era común que los huéspedes extraviaran pertenencias fuera de las instalaciones y llegaran a recepción pidiendo hablar con «el encargado» porque estaban seguros de que les habían robado. Acusaban a las mucamas. Que no está mi maquillaje. Y las mucamas se defendían, para qué voy a andar queriendo que me pegue herpes de su cochina pintura de marca. Pero en esta ocasión el problema era distinto. Una pareja recién instalada bajó a quejarse de un fuerte aroma en la habitación. La llave acababa de ser entregada. Se suponía que la habitación debía de estar impecable. En efecto, el cuarto hedía. La encargada del piso, al borde del llanto, juró haber procedido como cada vez. Su jefa, haciéndole honor a los sabuesos, inspeccionó en cuatro cada rincón. Fue obvio que hizo un esfuerzo monumental para no despotricar como la primera vez: la pestilencia provenía de la ventana, en cuyo marco exterior se había orinado un gato. Primero mis sábanas y ahora esto, repetía entre dientes, mientras tallaba el

bajo de la ventana que veía hacia la terraza.

Rayo no apareció ese día desde la esquina. Tampoco en el patio de la cocina. A la mañana siguiente, el conserje del hotel se acercó a Lili. La supervisora de limpieza anda hablando de envenenar al animal, le dijo alisándose arrugas invisibles en el saco, entiendo que se debe actuar ya, yo me acabo de encontrar caca en la cheflera falsa del corredor en el seis… pero ¿envenenarlo?… ni una sola plaga, ni cucas ni ratas ni nada ¡en toda la vida del hotel! Y llega un gato y ¡zaz! Me lo quiero llevar a casa, le interrumpió Lili. Pues hay que atraparlo. No se diga más.

Pero el gato gris ya no asomaba sus rayas en el *valet parking* ni en la cocina. Parecía estar viviendo adentro del hotel porque las llamadas a recepción con quejas sobre correteos en ventilación y pasillos, arañazos y quejidos en ventanas, comenzaron a presentarse gradualmente. Sin embargo, nadie se había topado a Gray. En el circuito cerrado no había registro del animal. Lili se asustaba al pensar que la supervisora hubiera asesinado al felino en secreto y aquello fuera una manifestación fantasmal desde el más allá gatuno. Además, la agitación era demasiada para ser obra de un solo gato. Y si se trataba de un grupo, estaba muy bien organizado y todos eran escurridizos como ninjas.

Hasta que un día don Manuel vio a Rayo apearse del elevador en la planta baja. Su corazón se saltó un latido cuando escuchó el *tin* del elevador y vio las puertas deslizarse sin que hubiera nadie dentro, pero bajó la vista y allí iba el gato, andando, ufano. Graciela, desde su sitio tras el mostrador, también lo alcanzó a ver y, sobrexcitada, se sacó los tacones y se puso a dar órdenes entre susurros.

Asignó a intendencia la cacería directa. Que agarren las redes esas largas limpia piscinas. Qué tan difícil puede ser atrapar un gato. Que tú te pones aquí y yo allá. Y se echaron a correr. Graciela se la estaba pasando en grande, patinándose en las esquinas. A la pesca se unieron los botones, muy voluntariosos. Lili permaneció en la recepción, pensando que pronto podría llevárselo a casa. El Rayo, juguetón, como si sospechara de sus intenciones de atraparlo para deshacerse de él, subió, modoso y maullador, hasta el último piso. El espacio para escabullirse se le había acabado y se puso a maniobrar al filo del pasillo-balcón, entre las plantas colgantes. Los de las redes se estiraron para intentar ensartarlo. Indeciso sobre dónde pisar a continuación, si maceta, filo o red, hizo miau y resbaló.

Lili lo había visto en cientos de videos. Gato brinca desde segunda planta. Gato sobrevive caída desde décimo pisto. Gato cae en cuatro patas. Compilación caídas de gatos. ¿Por qué los gatos caen siempre de pie? La ciencia detrás del mito. Lili pensó en su abuela en silla de ruedas.

Crack. Rayo rebotó contra el mostrador. Frente a Lili, Gray se partió la columna por la mitad. Tras el estruendo del azote, silencio. Graciela, desde el nueve, rajó la mudez del ambiente con un grito. Que lo tengo en video. Veintiún segundos que subió a YouTube semanas después: Gato Brinca Hacia Su Muerte. Pronto alcanzó quinientas mil visitas. El vídeo no mostró el corro alrededor del cuerpecillo lánguido en mitad del recibidor, ni la indecisión alargada que enfureció al gerente general después de media hora, porque nadie quería levantarlo, y nadie sabía muy bien qué hacer con él. Pues el hotel le dona una sábana como sudario, pero se va hoy mismo con la basura. Qué entierros ni qué nada. Antes nos entierra él la reputación en TripAdvisor… ¿Ya leyeron las últimas reseñas?

A Lili le parecía aún escuchar aquel *crack* resonar por el *lobby* entero cuando cruzaba hacia el mostrador los días que tenía turno. Elevaba la vista hacía el domo tragaluz y se preguntaba si Rayo iba de ojos abiertos o cerrados al caer. ~

ALEJANDRO BADILLO

Una obsesión peluda

Javier García-Galeano cuenta que, según una leyenda babilónica, los gatos descienden del león y del mono. De este último animal, añade, proviene su gusto por el juego. El mismo autor aventura otras probables explicaciones acerca de su origen: una invención china, un ser fantasma que aterrorizó a los soldados de Alejandro Magno. Lo cierto es que hay tantas definiciones y tantas génesis como el número de gatos que existen en el mundo, es decir, unos 600 millones. Su anatomía pertenece a distintos animales: las patas traseras son parecidas a las de los conejos y la cola podría ser la de un lémur o cualquier otro primate arborícola. Para el buen observador un gato tiene, también, muchas características humanas: caminan de puntas como lo hacen las bailarinas de ballet y desprecian un plato de comida porque, simplemente, no les da la gana probarlo. Muchos gatos miran con odio los charcos y saltan para evitar cualquier contacto. Otros —al igual que algunos de sus parientes más grandes— son afectos al agua. Sus ojos brillantes son los de una serpiente que se acerca antes de la estocada final.

Cuando yacen de costado parecen barcos arrastrados por la marea, indiferentes a su destino. Si tienen suficiente confianza con la persona que se acerca para hacerles algún mimo permanecerán inmóviles, soltando a cuentagotas el afecto. Su gusto por el lujo, por las aventuras inútiles y por la pereza, hace que la línea que los separa de nosotros sea, a veces, muy difusa. Las coincidencias son tantas que, de vez en cuando, un gato puede transformarse en humano o viceversa. Héctor A. Murena, escritor argentino, narra en su cuento «El gato» —incluido en la famosa *Antología de la literatura fantástica* de Silvina Ocampo, Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares—, una metamorfosis

de humano a gato. Un hombre, después de una decepción amorosa, se encierra en una diminuta pensión. Un gato lo acompaña en su exilio. No es un animal ordinario: tiene el pelaje color gris y parece «un dios viejo y degradado, pero que no ha perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres». Cada vez más reacio a interactuar con el mundo exterior, el personaje se sumerge en un mundo de ensoñaciones. Intuye siluetas femeninas en la penumbra y se abandona a visiones concupiscentes. Siente los miembros pesados y duerme gran parte del día. Al final, cuando van a buscarlo a su guarida y tocan la puerta, el hombre intenta hablar, pero lo único que puede emitir, dolorosamente, es un maullido. Más allá de la transformación final, otra enseñanza que nos ofrece el cuento de Murena es la compleja relación del gato con el tiempo. Un gato es un artefacto que detiene el fluir de las acciones y de los pensamientos. A veces la pausa es tan larga que pueden suceder cosas extraordinarias. Un gato congela los objetos con su mirada y les devuelve la vida cuando algo distrae su atención. Esa manera de interactuar con la realidad hace que el gato exista en un plano distinto al de los demás animales. Según el escritor Antonio Muñoz Molina, en su libro *El Robinson urbano*, los gatos se apropian de los lugares más escondidos de nuestras ciudades y hacen breves aquelarres. Si el perro callejero transmite, casi de inmediato, una sensación de abandono, los gatos en la misma situación se adueñan del espacio en el que se mueven y lo transforman. Cuando no están dormidos, vigilan, como esfinges egipcias, las fronteras de su mundo. Una vez de vuelta a la realidad reinician sus recorridos que siempre son hechos con cautela y sin prisas. Migran de lo alto de una barda al jardín y de la rama de un árbol al quicio de una ventana. Así han actuado desde su origen: sus ancestros migraron de la sabana africana al resto del mundo y, una vez, ahí, poblaron el asfalto, los tejados, las azoteas y, por supuesto, nuestras camas.

Peluche y Felpa son, más que mis gatas, una suerte de *alter ego*. Una gran parte de mi vida podría definirse a partir de mi relación con ellas. Cada una representa una posibilidad mía en el tiempo y en el espacio. Por eso las miro fijamente y trato de intuir qué parte de mí está ocurriendo en ese momento. En muchas ocasiones, por supuesto, encuentro en ellas mi indiferencia, el gusto por la soledad, pero también mi socarronería y cierto sadismo cuando exterminamos a algún bicho que invade nuestro territorio. Cuando llegó Peluche a la casa pude prolongar la relación que tuve, de niño, con un gato siamés. No conservo ninguna foto de él. Se quedaba en el jardín, sobre la tapa de un alto contenedor de plástico en el cual habíamos puesto una cesta para que se protegiera. Los siameses tienen fama de una gran personalidad y siempre los rodea un aura de misterio. Son gatos de

andamiaje fino, pero robustos; maulladores y muy inteligentes. Alguna vez leí en las memorias de un lama tibetano que esta raza de gatos era utilizada para proteger los tesoros más sagrados de los monasterios budistas, lugares escondidos entre las altas montañas. Sin embargo, el siamés que tenía, a quien le endilgué el predecible mote de «Gordo», parecía haber olvidado el orgullo ancestral de su estirpe. Más de una vez tuve que salir al jardín, en medio de la noche, para defenderlo de las bravatas de sus enemigos. Una vez no volvió más y entonces comprendí que un gato es un tesoro y que no se puede dejar a las leyes del azar. No volvería a cometer el mismo error.

Mi gata Peluche es hija de las correrías de un gato siamés y una gata mestiza de color negro profundo. La raza o el resultado de ese cruce se le conoce como *Lynx Point*. Cuando la adoptamos fuimos por ella a la casa en donde había nacido. Algunos descendientes de los siameses conservan su figura alargada y resuelta. Heredaron también un ligero estrabismo que aparece, sobre todo, cuando tienen que mirar muy de cerca un objeto durante unos segundos. Peluche pasó su primera infancia aprendiendo a ser gata en soledad y, quizás, recordando las lecciones de su madre y las peleas con «El Mollejas», su hermano, un gato que heredó el color negro de la rama materna y del que no supimos a ciencia cierta su destino. Peluche aprendió a tomar el sol en las mañanas y a refinar sus gustos culinarios en las noches. Comenzó probando la comida de gatos del supermercado y terminó alimentándose con croquetas holísticas, libres de granos, con alto contenido en proteína y una constelación de bondadosos nutrientes. Cuando creció un poco más sintió que era necesario dejar una huella perdurable en nuestras vidas y, en un lapso de pocos meses, destrozó el forro de vinil de las sillas de nuestro comedor. Esos jirones colgando del respaldo, los arañazos malignos en el asiento, fueron, para muchos, la prueba de que un gato disfruta echar por la borda el patrimonio familiar; pero para nosotros fueron un símbolo de amor, la prueba irrebatible de que nuestras vidas estarían ligadas para siempre.

La historia de Felpa, mi otra gata, unos tres años más joven que Peluche, es más azarosa. Debo el encuentro con ella a la descompostura del vidrio lateral de un auto que teníamos y cuyas averías ponían en jaque nuestro presupuesto mensual. Después de dejar el auto con el mecánico, caminé en dirección a la esquina de la calle y vi, en una pequeña veterinaria, a una gata blanco y negro, en una jaula diminuta, con unos cuatro o cinco perros a los que les calculé un mes de edad. No estaba, en absoluto, mortificada por su situación. Al contrario, lamía a sus compañeros como si ella fuera parte de la misma camada. Pensé que una gata con tan buena actitud

merecía un destino feliz. Sin ninguna caja para llevarla, la tuve que cargar a mano limpia, tratando de esquivar sus garras diminutas pero afiladas. Una vez en casa, la pequeña gata fue a esconderse atrás del refrigerador. Estuvo ahí un rato, silenciosa. Pensé, iluso de mí, que me costaría ganarme su confianza y que me las tendría que ver con un animal huraño. Nada más lejano de la realidad. Felpa salió pronto de su escondite y comenzó a apoderarse rápidamente de nuestro territorio. Al inicio, como era previsible, Peluche reclamó su trono y su papel como Hembra Alfa de la casa, dueña de los casi 100 metros cuadrados que conocía a la perfección, pero la intrusa la derrotó tan rápido que ni siquiera pudimos intervenir para salvar su honor. ¿Cómo lo hizo? La técnica de Felpa la llamaría como: «apodérate del lugar y que arda el mundo» o «intervención cínica». Se acostó en los lugares favoritos de su compañera y se interesó —a pesar de las molestias que le ocasionaba— por cualquier juego o inspección que estuviera realizando. Le ganaba y le sigue ganando a Peluche el sitio y, ante los reclamos o la mirada de odio, simplemente deja que la vida corra. Peluche opta por seguir la vieja sentencia taoísta que dice que la mejor guerra es la que se evita y así han pasado los días, los meses y los años. A pesar de esos desencuentros, las dos han logrado una especie de simbiosis que pasa por diversas etapas: del amor al odio hay solo un paso, pero la desinteresada vida de un gato no acumula rencores. Ellas son como el *ying* y el *yang*. Peluche —a pesar de su natural displicencia— se siente atraída por las reuniones nocturnas en las que bebo con algunos amigos. A veces se coloca en la mesa de centro, entre los platos con botana y las botellas de cerveza, y desde ahí nos juzga con su mirada azul y un poco temblorosa. Felpa, por el contrario, rehúye de inmediato al ruido y a los extraños. Solo después de muchos esfuerzos puede entrar en confianza. Peluche, ya en su edad adulta, dejó de perseguir a los insectos que se meten a la casa. Solo reacciona cuando alguna mosca pasa cerca de sus orejas o un bicho minúsculo e indescifrable salta entre sus bigotes. Felpa es perseverante en la caza y, para nuestro horror, lleva a sus víctimas aún vivas a nuestra cama. Peluche prefiere los quesos finos, las moronas de pan, la crema y las sardinas *gourmet* enlatadas. Su estrategia consiste en hacernos saber que quiere un poco de esas delicias, pero que por ningún motivo se rebajará a la súplica. Entonces bosteza largamente y se estira para fingir que ha despertado de un sueño muy profundo. Después, sin perder el hilo de su actuación, se acerca a la comida de su interés, se endereza y se lame los bigotes dos o tres veces hasta que logra su objetivo. Felpa tampoco mendiga la comida, pero los gustos sibaritas de su amiga son territorio desconocido. Ella devora algo si cumple con lo mínimo necesario. Su delectación consiste en llenar el estómago lo más pronto posible y no

se detiene en sutilezas. Quizás, por eso, Peluche es delgada y Felpa es gorda. Son como el Gordo y el Flaco o, mejor aún, como el Quijote y Sancho Panza. Peluche pertenece al reino de lo espiritual y Felpa echa sus raíces en lo mundano. Una medita y la otra actúa. Una entra en éxtasis cuando el olor a ajo inunda la cocina y la otra apenas lo percibe mientras bosteza y se acomoda de nuevo para continuar durmiendo.

Algo que me reconforta y que, al menos para mí, funciona como una especie de bálsamo, es la rutina. Hacer las mismas cosas, seguir los mismos horarios, me da tranquilidad. No hay que improvisar, simplemente hay que dejarse llevar. Los gatos son iguales: acuden a la sistematización de sus actos como una afirmación de su existencia. Álvaro Mutis refiere, en una de las tantas historias de *Maqroll el Gaviero*, su personaje favorito, que los gatos de Estambul recorren, una y otra vez, los límites de un palacio imperial que ya no existe. En medio de la ciudad moderna son capaces de hacer las mismas rutas que delinearon sus ancestros. Vigilan los muelles, miran los barcos, husmean entre las ruinas e investigan las sombras de viejos hechos. El Gaviero afirma que, si se deja un gato de otro lugar del mundo en Estambul, este seguirá el mismo camino que sus parientes. Los gatos guardan la memoria del mundo y, por esta razón, ven cosas que nosotros no podemos ver. Quizás oyen el lamento de un amargo fantasma u obedecen a llamados que emergen, de pronto, entre las cortinas o debajo de un mueble. Yo he realizado mis propias rutinas con mis gatas. Podría decirse que, entre los tres, protagonizamos un *ballet* que se desarrolla en el espacio íntimo de nuestro hogar. Voy de la sala, a la recámara y a la biblioteca. Ellas casi siempre me siguen. Felpa se coloca en su lugar favorito para observar la calle y Peluche se sienta a un lado de mí para mirar cómo escribo en la computadora. Los hábitos nocturnos de ellas, aún presentes en algunas ocasiones, se han amoldado a nuestras actividades diurnas. Así, en la noche profunda, gatos y humanos dormimos por igual.

Nuestra relación con los gatos no se limita a Peluche y Felpa. Los gatos callejeros conocen nuestro orden del día. Algunos los hemos dado en adopción. Uno de ellos, quizás el más entrañable, llegaba de sus correrías nocturnas muy temprano, al filo de las seis de la mañana, justo cuando emprendo el camino rumbo a mi trabajo. Le daba de comer. Cuando regresaba, horas después, él ya se había sacudido el sueño y estaba a punto de salir a su guardia en la cuadra. Imaginaba que éramos un par de compañeros de una hipotética fábrica, sellando nuestra entrada y salida en turnos diferentes. Otros gatos han aprendido a esperar a que saque el auto de la cochera para ir por su

ración de comida. Con el tiempo hemos conocido sus temperamentos y sus costumbres. Los gatos se apoderan de nuestras vidas y, en una fraterna venganza, nosotros nos apoderamos de ellos a través de nuestra imaginación. Por eso, como una forma de corresponderlas, he metido a mis gatas en las ficciones que escribo y en las que habito todos los días. Por esta razón me detengo en medio de una conversación para inventarles un nuevo apodo o imagino las aventuras que tienen cuando no estamos en casa: quizás esculcan en nuestras ropas, desordenan nuestros papeles o cuchichean entre ellas con sonidos casi humanos. Algún día, quizás, alguna de las dos al fin se decida y nos hable. Una leyenda oriental cuenta que en 1795 un gato exclamó «¡Qué lástima!» cuando su dueño, un abad de un monasterio budista, espantó unas palomas a las que había estado acechando. El gato le explicó, segundos después, que todos los animales son capaces de hablar después de haber cumplido 10 años de vida. Los gatos, incluso, si sobrepasan los 24 o 25 años, pueden transformarse en lo que deseen. Con esa esperanza acecho a Peluche y Felpa todos los días. Dirán los amables lectores que los amantes de los gatos estamos locos. Yo digo que, simplemente, tenemos una vida más plena y que los seres humanos, por fortuna, estamos hechos de felices obsesiones. ~

MONSERRAT ACUÑA

(fragmentos de industrias y placeres)

i.
comparto con una gata
la suerte
de habitar un departamento
sin jardín
donde a diario la de abajo
golpea el techo
con un palo de escoba
a la menor provocación.

ii.
mi gata prófuga
sale por la ventana
en la calle la busco con un cordoncito
la llamo
a nosotras no nos alcanzó
ni para el nombre
de princesa rusa o de actriz de NY.

iii.
de las plantas antes
la superstición y los rituales
limpiar cada hoja con un trapito
regarlas con la sangre menstrual
pero desde su llegada
solo las macetas rotas.

iv.

dedico una sesión con mi analista
para resolver el misterio
de mi negativa a nombrarla
hablo de mi salida de la casa materna
el sueño recurrente donde
la despensa está podrida
mi insomnio crónico
curado una vez juntas
—entonces se llama Emancipación
—si va a ser tan literal, le dejo gati.

v.
salir de la casa de mis padres
es olvidar la costumbre
de cerrar con seguro
todas las puertas
aprender a conjurar juntas
el miedo
hacerme el hábito de escuchar
la vibración característica
que anuncia
su presencia en mi cama.

vi.
mi vecina y yo
no nos saludamos pero
cada mañana
soy la única testigo
del amor que le profesa a su gato:
la escucho hablarle
con ternura
la miro por la ventana
abrazándolo
a veces es ella quien me mira a mí.

vii.
cada cosa en un lugar:
la gata dormida
y yo sentada en el escritorio
de repente el suelo retumba:
a la vecina le molesta

hasta el ruido que no hacemos.

viii.
la visita intenta
reprenderla
con un poco de agua
mi gatita destetada
y desgatada
desconoce los protocolos
de su especie:
no escuchó nunca de maullidos
del repudio al agua
y de las caricias en la panza.

ix.
veo una planta
seca
le ruego que no se muera
mi gata cruel
frente a mí
le arranca la última hojita
sé que eso no significa nada.

x.
ronronea con
los ojitos entrecerrados
las patitas amasan
y entre la boca la colcha roja
como si se amamantara
no importa cuántos meses han pasado
ahí sigue la herida abierta
por la separación
la entiendo:
a veces yo también me siento
como la niña asustada
en la casa vacía.

xi.
y pensar que
alguien
antes que yo

quiso deshacerse de ella
en una caja de zapatos:
estar en la basura de otro
no es un parámetro de valor. ~



IRA FRANCO

Hundreds of cats, thousands of cats, millions and billions and trillions of cats

Pasa por encima del teclado con sus patas sucias de la gran lluvia. Aparece, suave, el gato-texto. Es capaz de ver la cocina desde un ángulo sorprendente, anda por el piso y brinca hasta dominar la escena desde lo alto del refrigerador... Son líneas que dejan el reposo, líneas que caminan por un barandal con elegancia y repentinamente se estiran para atacar la pierna del lector. Líneas que notaron algo en la cara de quien las lee, un mosquito, un temor, una verdad, una decepción, y responden así, sacando las uñas, hiriendo debajo del pantalón.

65

El texto acecha… uno… dos… y *¡pum! ¡grimiau!* se lanza hacia las cortinas del lector, las rasga para iluminar el camino hacia otros textos, otros gritos: aborto gratuito y legal para todas, por ejemplo, un ligero vislumbrar de un tema, el que sea. Dejen de matarnos. Respeten, culeis. O esos temas que se piensan más como canciones en duermevela: por qué sigo soñando contigo cada mes, por qué no te me olvidas de una vez. Un texto que emula el chirriar de los dientes que sofocan mi deseo por ti, con tus ojos tan tan tan y tu nariz tan tan tan. Líneas agazapadas que entienden cuando las llamas pero no están dispuestas a realizar ninguna tarea por encargo. Líneas, texto, letras,

palabras sin correa, sin placa de identificación, libres, sin dueño.

Un texto que pasa más de la mitad del día acicalándose, un texto que se ama a sí mismo sin reparo. ¿Es el reposo egoísta, en todo caso, una búsqueda? Habrás de ser preciso al describir las caídas, dice, evitar el sonido achacoso, abombado. Nosotros no caemos como si el mundo fuera elástico, por favor. Los gatos caemos plácidos, pero concretos. No hay duda de que un animal de gesto tan inteligente ha caído. No se trata de apelar siempre a lo onírico, donde todo rebota como si el mundo estuviera acolchado. No debe oírse un poing por ahí. Cuando un gato o un texto así caen, nada de *poing*. En todo caso un paz, un *puaf*, un *slap*, un *cataclán*. El sonido de un texto-gato no debe remitirnos a la lucubración bucólica. Los gatos no pertenecemos al género fantástico, nuestras orejas putiagudas no pertenecen a Tierra Media. Nuestras orejas son antenas, parte de una maquinaria orgánica, instrumentos de comunicación con una entidad gubernamental, en todo caso. El texto felino es pura ciencia ficción. Y horror.

Se juega a la especulación, a la búsqueda de realidades apócrifas. Somos de concreción visual, casi cinematográfica. A veces este gato camina al lado del monstruo y hace *gis. Gissss*. Yace dentro de una cápsula transparente, listo para el viaje interestelar. La calma con la que acepta su destino —podría estar encerrado para siempre en esa caja transparente y morir de sed— nos avisa que los gatos no tienen prisa por salvarse. Eso es. No hay prisa por regresar a este ni a ningún otro mundo. El gato mira al extraterrestre de cabeza fálica, un prepucio que guarda otra pequeña boca retráctil dentro de sí. El gato amarillo gira la cabeza en la oscuridad para desplegar la transparencia de sus ojos, similar en esa especificidad lumínica al búho de otras películas.

El extraterrestre y el gato coinciden en su condición no terrícola. A esos bigotes-llévame-con-tu-líder no se les pueden negar las caricias, los saludos, el rasqui rasqui en el cuellito, so pena de causar una revolución. (Se sabe ya de las consecuencias funestas de meterse con estos animales, solo hay que recordar el siglo xiv y la demonización de los felinos, quienes, enojados, sacaron de un cofre maldito La Peste y ordenaron a su ejército de ratas diseminarla entre los pobladores de Europa). Esto, desde luego, es mentira. Nadie ha comprobado que las matanzas generalizadas de gatos fueran la causa primaria de la proliferación de las ratas y por tanto de la peste que arrasó con casi un tercio de la vida humana en esa región. Pero es que, bueno, nunca nadie hizo el intento de preguntarle a los gatos.

Ellos saben. Nadie cree ya en sus leyendas. Tampoco en esa que dio lugar al cuento de los Grimm, aquella de unos niños llevados al bosque por sus propios padres, quienes intentan perderlos porque no soportan verlos morir de hambre en sus casas. Hay versiones más

duras, versiones donde las brujas del bosque les dan buen dinero a los padres a cambio de alimento vivo. ¿Qué hacer con el hambre? A la gente de ciudad se le olvida cuánta hambre ha sentido la humanidad a lo largo de la historia. Los gatos, desde luego, tienen otra versión de Hansel y Gretel. Ellos dicen que al final los niños hambrientos se comen a la bruja y también a los padres y a cuanto viajero pasa por ahí. Se quedan a vivir en el bosque, eventualmente se casan. Tienen muchos hijos, muchos gatos, la hambruna termina, se mudan a la ciudad y Hansel se convierte en un hombre importante, un político justo y recto, como jamás se ha visto. El secreto del bosque se queda con ellos, enterrado en su familia perfecta, su casa perfecta. De viejos se toman de la mano, los consuela ser hermanos y haber comido carne, buena carne. Los recuerdos les pintan una sonrisa al morir. Eso dicen los gatos.

A los felinos no se les olvida el hambre: el platito está vacío o lleno, no hay punto intermedio. No hay melancolía en ellos, no hay pesar en saberse ofrendados por los diabólicos. ¿Qué tienen los gatos y los textos felinos en común con las almas heréticas? Representan un congreso de placer que duerme por las tardes. El gato entra con su pene rasposo a la gata y es esta lengua, también rasposa, la que entra por tus oídos cuando lees estas líneas, la lengua de este texto, la única capaz de remover ese fétido olor a humano con el que te levantas cada mañana.

Mi gato es garganta sucia, garburado gorgoña ronroñero. Gárgara de amor. Agita su cola desde los párrafos del *Malleus Maleficarum*, el tratado de brujería donde se les confería a las mujeres la capacidad de convertirse en gatos. No todas lo lograban, ni aún conociendo de memoria los conjuros, no todas estamos destinadas a ser brujas, pero si buscamos bien, ahí está esa maldad dormida… Bastet, conviérteme, ¡te invoco! Chupa, gatita, de esta teta de Satán que es insidiosa verruga en la nariz. Entra tú, bruja del maligno, en mi Suffragette City, por la misma vereda por la que una vez nos permitieron hablar y opinar a las mujeres, por la misma vereda en que nos acompañaron nuestros dildos-escobas donde siempre iba sentado, además, un gato. Gatea, *hoarder*, con tus uñas llenas de *toxoplasma gondii*.

En el primer libro ilustrado para niños ya aparecían gatos. No solo uno, sino «cientos de gatos, miles de gatos, millones y billones y trillones de gatos.» A los 15 años, la artista Wanda Gág le había prometido a su padre, un litógrafo y artista de izquierdas, enfermo terminal de tuberculosis, que continuaría su legado: dibujaría humanos y gatos con trazos asimétricos, expresionistas. Así publicó su libro para niños titulado *Millions of Cats*, en 1928, el primero hecho en Estados Unidos con ilustraciones a doble página, el primero hecho para mirar. En la historia, una pareja de ancianos sin hijos deciden

adoptar un gato, por lo que el marido recorre algunos parajes del bosque en busca del ansiado felino. Cuando lo encuentra, en el camino de regreso se van uniendo a él *hundreds of cats, thousands of cats, millions and billions and trillions of cats* que al final llegan y se comen unos a otros justo afuera del jardín de la pareja. Solo queda uno, el más pequeño, el más tímido, al que por fin adoptan para ser el gato familiar. Lo que nos trae, claro, de regreso a la historia caníbal de Hansel y Gretel contada por los gatos: si esto no es un indicio de que dicen la verdad, no sé qué es. Todos nos comemos unos a otros, eso es lo que dicen ellos. Tarde o temprano.

¡*Fuck-yeah*, gatitos del vaticino! *Fuck yeah.*

Fuck me, Gatúbelas, fusiones de gato caníbal y las mujeres que despiertan, *fuck me* con sus mejores versiones, las de Eartha Kitt y Julie Newmar; la primera con toda su negritud y hermosura Motown, y la segunda inolvidable en su traje negro, brillante, del que sobresalen unos senos puntiagudos que atrapan a Batman. Bowie fue gato, también, cómo no, un gato del Japón que podía lamerte con una sonrisa. Miembro honorario de esos seres de pupilas verticales, parte de un ejército de placer que se lame el pelaje desde las cornisas y duerme y deja limpias sus patitas luego de haberse enlodado en la gran lluvia. ~



Parábola

I

Cuando Tomás llegó a la veterinaria por una tableta para los parásitos vio a unos gatitos encerrados en jaulas con el letrero de «Se regalan». Entre todos ellos destacaba uno que le llamó la atención de sobremanera: era blanco, con los ojos saltones y tristes, de pelaje muy esponjocito.

Todos los demás maullaban constantes desde sus jaulas y estiraban las patas que salían entre los barrotes; pero este no, este estaba callado y quieto, sentado sobre sus patas traseras. Lo miraba de regreso fijamente con los ojos saltones y tristes. No había visto en su vida uno tan llamativo.

—Buena tarde, amigo, ¿qué necesita? —le preguntó el veterinario detrás del mostrador.

—Tiene diarrea —señaló a Masacote— y creo que son parásitos, entonces necesito un desparasitante.

—¡Qué hermoso perro! ¿Cómo anda evacuando su animal? ¿Arroja sangre? ¿De qué color es?

Tomás describió las heces de su perro, un tremendo mastín napolitano con una eterna expresión de sufrimiento. Le dijo además lo difícil que era limpiar sus plastas del excelso jardín donde su esposa cosechaba jitomates, cilantro y lechuga romana.

El veterinario le tomó la temperatura y vio que estaba ligeramente arriba de lo normal, pero coincidió con la predicción de Tomás y le entregó el medicamento requerido.

—Nada más revise mañana si ya se le quitó la diarrea para descartar cualquier otra cosa —le advirtió.

Antes de irse, el hombre volteó hacia el gatito, que aún lo miraba con sus ojos tristes y saltones, hasta que abandonó el local.

De regreso a su casa tomó hacia el parque de tabachines donde paseaba diario a su Masacote. Generalmente abonaba el pasto en ese lugar, pero desde que enfermó no atinaba la hora que le andaba a su perro. Por ejemplo, en cuanto llegaron a casa, apenas abrió la puerta de la cerca, el chucho se le adelantó y fue hacia las lechugas del jardín, donde presto se puso en cuclillas. Tomás no alcanzó a detenerlo y ya ni le llamó la atención, puesto que Bruna ya había llegado a la casa y no quería que se diera cuenta. Entrecerró los ojos

para planear la estrategia de limpieza, pero su mujer se asomó por la venta para descubrir en flagrancia al animal.

—¡No mames, pinche Tomás, dile algooo! —gritó Bruna, quien bajó de inmediato para reclamarle de cerca.

No le quedó más que esperar a que el perro terminara su obra y se fue a buscar un balde de agua mientras Bruna le gritaba briosa.

—Pero, ¿qué hago? Está enfermo, cuando le anda, le anda. Ve, venimos del parque y no hizo allá.

—¡Pinches lechugas! ¡Ni poniéndolas a hervir se van a desinfectar! Lo siento por ti, que te encantan las tostadas de cueritos.

Cuando apaciguó su coraje, treinta y ocho minutos después, cenaron tostadas de cueritos y se prepararon para dormir.

II

Tomás siempre tenía calor sin importar el mes del año, así que dejaba las ventanas abiertas. Mientras se arrullaba en cama con el mecer de las cortinas regresó a su mente la imagen del gatito y de sus ojos tiernos. No recordaba bien cuándo o cómo decidió que no le gustaban y trató de entenderlo en un ejercicio de reflexión mientras conciliaba el sueño.

Cuando niño, su madre le decía que los gatos se subían por las noches a la mesa y a la estufa y que lamían las cazuelas que guardaban celosas los refritos que él se comía al día siguiente. También le contaba que su pelo era tan nocivo que puede ahogar, que eran muy flojos, que tan pronto los alimentaban se olvidaban de cazar ratones y que no servían sino para orinar y defecar.

En otra ocasión leyó en *Muy Interesante* (una de las publicaciones con las que forjó su intelecto) que los gatos en realidad no dan muestras de cariño cuando frotan sus cabezas con entusiasmo en sus amos: en realidad, hacen esto para untar secreciones de las glándulas detrás de sus orejas y marcar a la gente como objetos de su propiedad.

Pese a los antecedentes, a los 14 años tuvo una experiencia con un gato callejero, uno gris medio bizco que encontró debajo de un coche y al que decidió darle una oportunidad después de que una horda de ratones destruyó su colección de *Playboy*.

A espaldas de su madre, Tomás metió al gato a su habitación con la esperanza de que acabara con los roedores. Sin embargo, la sociedad no dio buenos resultados puesto que sus revistas aún sucumbían ante las dentelladas que ya habían alcanzado sus preciadas *Penthouse*. Supuso que, por bizco, el felino no era buen cazador. Además, su cuarto comenzó a oler a gato y a ratón y los constantes maullidos hicieron que ya no pudiera ocultarlo.

Por la mañana, Tomás salió de su casa con el animal en la mano y caminó hacia la vuelta, donde lo echó en la banqueta para regresar corriendo. Pero a los pocos minutos, apenas entreabrió la puerta, el gato coló en su habitación, así que ahora se fue en bicicleta más lejos.

Al regresar de la escuela por la noche, el gato, que aguardaba en la penumbra, se deslizó de nuevo cuando tuvo oportunidad. Ahora demandaba alimento con maullidos vigorosos, por lo que rápido le dio de comer para no ser descubierto.

Tan pronto amaneció, tomó de nuevo al somnoliento gato y lo echó a un costal para que no viera hacia dónde iban. En esta ocasión no pasó desapercibido pues su mamá escuchó los maullidos al bajar las escaleras.

En la calle, las señoras volteaban al paso de los endemoniados lamentos que se mezclaban con las quejas de Tomás, pues las garras de la fiera atravesaban el costal y se asían de su pantalón para arañarlo a cada pedaleada. «¡Ahijodetuputa!», «¡Ahijodetuputa!», repetía cada tres metros. Con la rodilla derecha escaldada, llegó hasta la colonia vecina donde recordaba haber visto una calle muy sola con una casona grande al fondo. Cuando quiso tomar al gato, la bestia encrespada no se dejaba agarrar, pero como pudo lo asió por la barriga y lo arrojó por la barda. «¡Meeeooooouuuuuuiiiiii!», escuchó al animal en su trayecto parabólico mientras huía.

No lo volvió a ver, y esperó, muy dentro de su corazón, que hubiera sido porque la noble doña, que seguramente vivía en aquella casa, decidera adoptar al dulce gatito bizco que llegó como bendición a su hogar. Esa expectativa se la repetía a diario para acallar su conciencia hasta que olvidó con los años.

Pero esta noche sintió de nuevo el remordimiento, acaso no haber puesto el empeño suficiente en aquella relación fallida. Recordó después sus primeros años como adulto, cuando se hizo de su primer auto. Era un vehículo modesto, tirándole a traqueteado, pero lo quería mucho. «¡Le vas a sacar sangre!», le gritaban cada que lo lavaba.

Un día, mientras conducía, percibió un olor familiar. Tomás buscó la fuente y descubrió una mancha ámbar en la parte baja del parabrisas. Un gato se lo había orinado, no había duda.

Molesto, Tomás lavó su vehículo, pero al día siguiente volvió a ocurrir, y al siguiente, y al siguiente. «¡Pinche gato, cuando lo vea…!».

Al conducir, el olor se colaba por las ventilas y se le metía por las mucosas nasales hasta picarle el cerebro. Y los días de calor el olor se intensificaba y hasta le salían lagrimitas.

Un fin de semana decidió descubrir al felino que se había ensañado con él y permaneció despierto con un balde lleno de piedras, el oído

aguzado, la luz apagada y la puerta emparejada.

Alrededor de las cinco de la mañana escuchó un ligero *tumb* en la lámina de su coche y asomó el ojo por la puerta. Como no veía nada tuvo que volverse al interruptor de la luz y cuando se asomó de nuevo el auto ya estaba orinado. Aquella situación se prolongó hasta que vendió el coche. Nunca supo cómo era aquel ejemplar odioso que seguramente también lo odiaba a él.

Con los años conoció más gatos cuando visitaba a familiares o amigos, algunos eran malhumorados y otros juguetones y tolerables. De vez en cuando Tomás frotaba la cabeza a alguno y este se le acurrucaba en el regazo, lo que aprovechaban los dueños para invitarlo a hacerse de uno.

—Se ve que Pispirispis te quiere mucho, ¡aaay! ¿A poco no es bien lindo?

—Sí, ¿verdad?

—Habías de tener uno, ira, la gatita de Josefina tuvo una camada y todos bien hermosos, ¿no quieres verlos?

—Újule…

Entre otros recuerdos, Tomás finalmente se durmió, pero su último pensamiento fue el de aquellos ojos tristes y saltones.

III

Un chiflón fresco le revoloteó la sábana en sus pies y se despertó. Aún a oscuras y modorro, buscó el *short* más limpio que halló para sacar a pasear a su perro y alejarlo de las lechugas de Bruna, quien ya se preparaba para salir al trabajo.

Correa en mano, salió al jardín del frente y llamó a Masacote, que estaba en su casa de madera, desparpajado, con la mitad metida y la otra mitad con la cola hacia afuera, pero no respondió. Tomás se acercó lento para tocarlo y descubrió que estaba frío y tieso.

Tomás cayó de rodillas en el pasto y comenzó a acariciarlo. La garganta se le contraía y la vista se le comenzó a anegar como pecera hasta que una gota le reventó en la pierna.

Minutos después, Bruna salió para despedirse y vio a Tomás, aún encorvado, frente a su mascota. Al ver su talante descubrió lo ocurrido; lo abrazó por los hombros. «¡Ay, Masacote…! Mi amor, lo siento», se hincó junto a él por unos minutos y partió acongojada al trabajo.

Cuando sintió las rodillas adormecidas, la mañana ya había clareado. Se levantó y fue a buscar una sábana para envolverlo y dejarlo bajo la sombra mientras abrían la veterinaria. Su familia

acostumbraba a arrojar a sus perros muertos allá por Matatlán, pero él prefería cremarlos.

A las once de la mañana entró a la veterinaria con el pesado perro en sus brazos. «Creo que no eran parásitos», le dijo al veterinario con un ligero tono de reclamo.

—¿Qué cuesta cremarlo? —exclamó antes de que se excusara y aquel le dio un precio que aceptó sin regatear.

Mientras el médico llenaba el formulario, Tomás sintió la necesidad de voltear hacia las jaulas de los gatos y vio que el ejemplar de ayer aún se encontraba, con la misma mirada.

—Ah, mire, no se han llevado al esponjosito.

—Es que casi nadie quiere gatos, y viera cómo me traen… Y los perritos no, esos a los dos, tres días se los llevan —respondió, mientras Tomás guardó silencio mirando hacia la jaula.

—¿Cuánto cuestan las güiscas?

Cuando regresó Bruna por la tarde encontró a Tomás en la sala y fue a sentarse junto a él. «Lo van a cremar, pasado mañana nos lo entregan». Sin responder, ella notó que había un cajón plástico a un lado del sillón y de reojo vio cómo se aproximaba a sus pies una blanca bola de pelos. «¡Aaaaaaaaaaah…! ¡No mamees!».

—Espérate, es un gato, los estaban regalando en la veterinaria. Mira, la verdad no había visto uno igual y, no sé, me lo traje. A lo mejor no era buen momento, pero pues, está bonito, ¿no?

—¿Un gato? Pero ni te gustan, que porque no entienden y que son interesados. Si no recoges las cacas del perro, menos… —dejó de hablar cuando sintió caricias de peluche y lengua rasposa en su tobillo. Se inclinó y lo tomó para ponerlo en sus piernas y ver que era muy agradable.

—¿Cómo ves? ¿Nos lo quedamos? Igual me dijo el veterinario que si no lo querías que se lo devolviera.

—Le vamos a poner Copito —dijo lo primero que se le ocurrió y él no objetó.

Se entretuvieron con el gato el resto del día, pero en un descuido vieron que no utilizó la caja de arena. Cuando se dieron cuenta, Tomás colocó al minino sobre la arena y le dijo «Ahí».

Tomás puso después un cojín viejo en el suelo para que se durmiera, pero este los siguió hasta su alcoba y escaló por las colchas.

Cuando lo bajaban, se volvía a subir así que lo llevaron de nuevo a la sala y cerraron la puerta de su habitación. Al poco rato comenzaron a escuchar arañazos en la puerta, pero no hicieron más caso.

Por la mañana encontraron que Copito estaba manchado de rojo, y

aunque pensaron que había cazado algún ratón, hallaron que se comió el sobre de chilorio que guardaban en la alacena. Cuando Tomás quiso bañarlo este le clavó las uñas y escaló por su brazo hasta su pescuezo, así que desistió de la tarea.

Con los días empezó a usar la caja de arena… a veces, pues donde más hallaban popó era detrás de las cortinas. También les orinaba uno que otro mueble. Cada que eso ocurría, Bruna le decía a Tomás. «Oye, tu gato», y él limpiaba. Con la llegada del verano, dos meses después, ella dejó de llamarle Copito a la mascota y la rebautizó como «¡Oye, tu pinche gato!», justo el día en que este le hincó el colmillo a una jericalla que descuidó mientras atendía la puerta.

Por la tarde, él tomó al gato y salió de la casa, abordó el auto y condujo hasta el veterinario.

—Oiga, ¿qué puedo hacer con el gato? No respeta la cocina, no hace dentro de su caja y a veces hasta me las esconde. La semana pasada se hizo adentro de un tenis nuevo de mi mujer.

—Y lo tuvo que lavar…

—No, la verdad es que lo tiré antes de que llegara, pero hasta ahora lo sigue buscando. ¿Sabe si hay escuelas para entrenar gatos?

—No, qué pasó, ¿cuándo ha visto un gato que haga trucos?

—¿Y no cree que alguien más lo quiera adoptar? ¿Se lo puedo dejar?

—No, ya está rete grande. Mire, me acaba de llegar esta arena.

—¿*Pepe le Poop*? ¿Y eso para qué?

—Aquí sí se va a hacer, mire, apenas empezamos a venderla, pero el promotor me dijo que es irresistible para los gatos.

Tomás fue por 500 pesos al cajero y regresó a la casa con el gato y un carísimo costal de arena. De inmediato se dieron cuenta de que no mentía el veterinario, pues tan pronto la puso en la caja, a Copito se le antojó. Ese día, todas las veces hizo en su arenero.

Los siguientes días, cuando limpiaba la caja, sacaba de 10 a 15 excrementos a diario, lo que se le hizo extraño pues no le daba tanto de comer. La madrugada del domingo descubrió el origen de la actividad intestinal de su mascota: cuando él bajó a la cocina por un vaso de agua y encendió la luz comenzaron a correr como cucarachas al menos siete gatos que se disputaban su turno en el arenero. «¡Sáquense, cabrones!».

Tomás tuvo que decidir entre dejar de usar esa arena o cerrar las ventanas, pero en pleno verano la segunda no era opción, por lo que decidió tirar el costal. De este modo, Copito regresó a su rutina y empeoró, pues ahora, además de mojar los sillones y la cama, rociaba el cesto de la ropa.

Un mes después, regañaron a Bruna en la cafetería donde trabajaba porque llegó con un fuerte olor a gato más allá de lo tolerable y provocó que una pareja de comensales se quejara. Tras una reprimenda sin precedentes, Tomás esperó el anochecer y llamó a Copito. Claro que no atendió, así que fue a buscarlo. Lo tomó por la barriga y subió a su auto. Su hora había llegado. Copito no estaba exasperado, sino que lo miraba extrañado, presintiendo algo.

Tomás no hallaba lugar para dejarlo pues en casi todas las calles había gente y muchos lo miraban con sospecha, así que decidió conducir hasta la colonia vecina de su antiguo barrio y buscó la misma calle en penumbra. Aunque ya tenía alumbrado, seguía igual de desolada.

Llegó hasta la misma casona al fondo y bajó del auto, cerró la portezuela con Copito en la mano y le acarició el lomo. «Ay, Copito, sabes que me esforcé…». Bajó el brazo para tomar vuelo y la puerta de la casa se abrió, por lo que detuvo en seco el lanzamiento.

—Buenas noches —lo saludó una mujer de unos 60 años.

—Buenas noches, señora.

—¡Meouuu!

—¡Mire qué bonito gato tiene! ¿Cómo se llama?

—Tomás.

—Tomás, como el de la caricatura.

—Ah, el gato; no, él se llama Copito, porque parece…

—Qué bonito está, yo hace mucho tiempo tuve uno, llegó solo. También estaba muy bonito, pero era pardo y, jeje, estaba muy chistoso porque era bizco, y aun así, mire qué bueno era para cazar ratones. Yo lo quise mucho hasta que se me murió.

—¿Y no quiere este? —aprovechó sin chistar el hombre.

—¿De verdad? ¿Me lo regala? ¡Ay, oiga! ¿En serio? Mire nomás qué bonito está. Ándele pues, muchas gracias. ¿Y qué anda en la noche usted regalando gatos?

—Yo, bueno, no… quería sacarlo a pasear, pero… no soy de gatos. Tenga.

La mujer tomó con suavidad al gato y le frotó la cabeza. Copito cerró los ojos y comenzó a ronronear y ni se dio cuenta cuando Tomás se fue. ~

ÉDGAR ADRIÁN MORA

El sueño de un gato en la barda

Los gatos, una vez, dominaron el mundo. Los humanos eran sus esclavos. Sufrían bajo el yugo de los felinos. Pero un día, un hombre soñó que el reinado de los gatos terminaba. Y vio en su sueño que, si convencía a un buen número de sus semejantes, la tiranía de los opresores terminaría. Y así comenzó a recorrer aldeas, a organizar conspiraciones. Los sueños dan forma al mundo. Si muchos soñamos lo mismo podemos cambiar la realidad. Esparcía su palabra hasta que logró convencer a los suficientes, apenas mil. Y entonces, hombres y mujeres soñaron un mundo mejor. Al despertar, todo había cambiado. Bueno, casi todo. Los gatos estaban ahora bajo el dominio de los humanos, pero a partir de la memoria de su reinado, nunca aceptarían ser sus esclavos. Buscarían, aunque de manera ineficiente debido a su naturaleza, la posibilidad de revertir su condición. Aunque la posibilidad de convencer a un millar de gatos de soñar lo mismo es muy pequeñita.

Es quizá la historia de Neil Gaiman que más me gusta: «A Dream of a Thousand Cats». La recordé cuando el gato apareció sobre la barda que delimita la casa. Mi casa. Aquella mañana, mientras soplaba el vapor de una taza de café sentado en el escritorio que he colocado en la terracita de la entrada, lo miré. Nos miramos. Los gatos nunca rehúyen la mirada. La primera al menos. Y una simpatía mutua nació de manera espontánea.

Quizá yo sea también como un gato. No me gusta la convivencia con mis semejantes más allá de lo justo y necesario. Rehúyo del ruido,

me atrae la contemplación, me distraigo con las luces repentinas y móviles. La luz no siempre es real. A veces también es una metáfora. De las más usadas. Personas luminosas, situaciones luminosas, pensamientos luminosos. A los gatos les atraen las luces de la realidad, por eso quizá su imposibilidad de coincidir en el sueño. A mí me deslumbran y me atraen las metáforas. Pero también, como los gatos, tiendo a abandonar su persecución cuando considero que ha sido suficiente el jugueteo. Me aburro. Y en eso coincidimos, también, los gatos y yo. El hastío convertido en actitud puede ilustrarse con la fotografía de un gato que dormita. ¿Los gatos duermen o fingen que lo hacen? Parecen vivir en una vigilia constante, en un nerviosismo de renuncia imposible, en una ansiedad controlada apenas.

Ese fue mi primer contacto con el gato. Apenas un cruce de miradas. Los días posteriores la escena se repetiría de manera cotidiana, predecible. El *bip* de la cafetera, el llenado de la taza, la salida a la terraza todavía fría y sin sol, el soplo de vapor, la aparición repentina del gato sobre la barda, el cruce de miradas. Hasta que el visitante supuso que podría honrar mi fidelidad a la rutina. Un día pegó un salto hacia la jardinera de las gardenias y luego, con paso lento, ceremonioso y estirado, se echó sin más en el tapete de la entrada. Dormitaba y me veía. Yo intentaba leer, o escribir, o reducir la temperatura de la tercera, cuarta taza de café.

Al tercer día de esto supe que mi presencia ya era parte de la rutina del gato. Así que fui al supermercado, compré una bandeja y un costal de alimento. Junto al tapete puse la ofrenda. Tuvieron que pasar dos días más para que el gato la aceptara. Pero lo hizo y a las acciones que repetía de manera obsesiva todos los días tuve que añadir llenar la bandeja del animal. Al principio no intenté tocarlo, ni hacerle mimos, ni cosa parecida. Eso haría desaparecer la luz. Y él aceptó el trato sin palabras. El acuerdo telepático. La compañía silenciosa. La aparente desilusión compartida.

Una vez tuve un gato. En realidad, una gata. Fue una adopción impulsiva animada por la desesperación. Entonces era joven. Muy joven. Lo suficiente como para tener el atrevimiento de enamorarme sin reservas. Sin malla de protección, a pelo. Y el amor se acabó. La primera que lo supo fue ella. Siempre ocurre así. El amor se acaba pero siempre es uno el que se da cuenta primero. Y eso se convierte en la fórmula para que el dolor se reparta de forma desproporcionada. El primero que se percata de la muerte del amor sufre menos que quien ha decidido conservar la ilusión del mismo. Es cierto que alguien más le ayudó a darse cuenta de que el amor, el nuestro, había terminado. Se había convertido en una luz extinta de la cual solo las rojas brasas permitían adivinar su existencia antes de convertirse en cenizas. Pero

yo vivía desfasado en el tiempo con respecto de ella. Mientras ella migraba en busca de nuevos prados, yo me consumía en el incendio. No lo vi venir. Ya no te quiero, dijo un día. Lo nuestro terminó, no tiene sentido. Y se fue. Yo todavía ardí por algún tiempo. Y las quemaduras fueron dolorosas. Entonces fue cuando Manchas llegó a mi vida. Una amiga embarazada sucumbió al pánico de las terribles enfermedades que los gatos transmiten a los fetos inocentes que dormitan en las cálidas bolsas amnióticas de las panzas maternas. Y Manchas se convirtió en mi compañía. En una especie de sucedáneo de la presencia de ella, la que había huido del incendio. Dormía en mi cama, llenaba de pelos mis sillones, paseaba por la barra del desayunador. Tomó posesión total de la casa.

Pero nunca fue un huésped que asumiera la reclusión como destino. Todas las noches abandonaba aquella prisión y se aventuraba a recorrer las azoteas, las bardas, los árboles que habitaban las aceras. Algunas veces las visitas eran para ella. A pesar de estar esterilizada, su sexualidad nunca se extinguió o sufrió menoscabo. En épocas de celo, las batallas que escenificaba en la azotea eran épicas. Me despertaban los maullidos, los alaridos que el apareamiento convertía en diálogo lúcido de celebración de la vida. Era un ser generoso que, a partir de sus correrías, construyó una popularidad que la convertía en líder de la manada que mudó en asociación nocturna de maullantes. Si alguien hubiera tenido la posibilidad de convencer a un millar de gatos de soñar el retorno de los años de gloria, hubiera sido ella.

Una mañana salí de la recámara y descubrí una escena digna de la más legendaria bacanal rocanrolera. Una multitud de gatos dormía a sus anchas por todos los rincones de la sala y la cocina. Los sillones rebosaban de bolas de pelo ronroneantes y multicolores. Las sillas del comedor, las hornillas de la estufa, el estante más alto de los libreros. Una docena de gatos, invitados por Manchas, dormían la borrachera de luna sin preocuparse demasiado del humano que habitaba la casa. Un humano que no inspiraba mucha confianza de entrada, porque en cuanto me vieron aparecer en la sala echaron a correr despavoridos e intentaron pasar por el agujero que había hecho en la ventana, *ex profeso*, para que mi gata saliera a sus excursiones nocturnas. Esta despertó, se estiró cuan larga era sobre la barra de la cocina, saltó al suelo y se dirigió a acostarse en mi cama. Durante algún tiempo pretendí estar molesto con ella; con la excesiva ligereza y generosidad que mostró para los de su especie. Manchas era inteligente, entendió el reclamo y la escena orgiástica nunca más se repitió. Siguió en la exploración de la noche y en la vida loca, pero limitó sus excesos al exterior.

Esa vida afuera, en el mundo, fue su condena. En algún plato de agua compartida, en alguna herida causada por rasguños, en algún

salivazo de sus congéneres o amantes se contagió de leucemia viral. Y no hubo forma de curarla. En las fases últimas de la enfermedad, con ella sobre una mesa de veterinario, canalizada y con un respirador que le ayudaba a mantenerse con vida, decidí que no tenía sentido que continuara en esas condiciones. Había vivido dieciséis años, caprichosa, libre, sin ataduras de ningún tipo; la condena a continuar de manera artificial con algo que había sido tan pleno era innecesaria y cruel. Murió en paz, tomé su garra mientras cerraba los ojos que miraban en los míos. Todo va a estar bien. No lo pensé yo. Seguro lo pensó ella. Y resultó más o menos cierto.

Si algo saqué en claro de la actitud de Manchas con respecto de la vida fue el hecho de que la reclusión no es una buena forma de estar en el mundo. Era, en cierto sentido, otra forma de estar fuera de este. Así que tras su muerte me decidí a salir al mundo que existía aún después de mi particular incendio. Viajaba a todos los sitios que, por alguna razón, me inspiraban a hacerlo. Esos viajes variaban en su duración y dependían muchas veces de mi disposición de tiempo. Cuando lo tenía podía durar semanas enteras fuera. Los diarios se amontonaban en el escritorio de la terraza, acomodados de manera diligente por Maura, la señora que me ayudaba a mantener más o menos en orden la casa. También, después de la aparición del gato de la barda, tenía la encomienda de poner comida en el plato de mi vecino mañanero, cosa que atendía un poco sin entender el excesivo cuidado que tenía con «ese gato pulgoso», como ella le llamaba. Su rencor venía de la generosa cantidad de pelos que debía limpiar cada día del tapete que servía de improvisado lecho a mi huésped.

A la vuelta de mi primer viaje me sorprendió ver el plato rebosante de croquetas y con un aspecto que advertía haber estado así durante varios días. Maura me informó que hizo lo que me había encargado pero que, desde el día de mi partida, el gato no había aparecido más por ahí. Era un hecho inédito: un gato a quien le interesaba la compañía, mi compañía. Al día siguiente, mientras soplaba el vapor de una nueva taza de café, surgió por el extremo de la barda, caminó con la seguridad propia de los años de evolución de su especie, me miró, pensé entonces en una especie de reproche, y con toda la dignidad que cabe en el mundo se sentó dándome la espalda el resto del día. Al siguiente, la escena se repitió casi de manera idéntica. Fue hasta el cuarto cuando el gato me perdonó, volvió a echarse en el tapete y aceptó de nuevo mi presencia. Se convirtió en el ritual de bienvenida cada una de las veces que salí de viaje, aunque cada vez duraba menos el tiempo destinado al rencor por parte de mi peludo amigo.

Una mañana, el gato saltó del tapete y se posó sobre una de las

esquinas del escritorio. Entrecerró los ojos y permaneció en el sitio hasta pasado el mediodía, cuando se desperezó y saltó a la barda para dar un paseo o lo que fuera que hacía cuando no estaba conmigo. Su confianza en mí había crecido al grado de que una tarde de un invierno particularmente frío me quedé dormido mientras leía una historia sobre hombres que vagaban por espacios blancos e infinitos en medio de la tundra. Desperté después de una especie de sueño en donde me veía acostado sobre la nieve y con el cuerpo a punto del congelamiento. Cuando abrí los ojos y recuperé la conciencia sentí un calor inusual en mi regazo; el gato, quizá presa de las bajas temperaturas, se había acurrucado sobre mis piernas. Lo miré y recordé a Manchas. Le acaricié la cabeza, las orejas, la parte por debajo del hocico. El gato ronroneó y se mantuvo así hasta que, de manera intempestiva, como hacía siempre, se desperezó y saltó hacia el tapete de la entrada. Ese día, abrí la puerta de la casa, pasé al interior, miré al gato y lo llamé. Nunca supe, ni había investigado, si habitaba en otra casa de la cuadra, si tendría un refugio dónde amortiguar el frío inusual de esa temporada. El gato me miró, hizo lo que me pareció una inclinación de cabeza, saltó a la barda y se fue. Esa noche dormí intranquilo, revolviéndome entre las sábanas. Tenía la idea de que algo había pasado con el gato, que tal vez el frío lo aniquilaría. Todavía no aclaraba del todo el alba cuando me asomé a la terraza con mi taza de café para indagar por mi amigo. No apareció sino hasta la hora del desayuno, como si nada hubiera pasado. El frío continuaba. Fui hacia la cocina y calenté un poco de leche. Puse el recipiente apenas humeante a sus patas y vi cómo su lengua sorbía el líquido reconfortante.

Supe entonces que el gato había elegido mi compañía no por interés, sino por alguna extraña razón que me hacía agradable a su vista. Tomé la costumbre de tener pláticas con él previo a los viajes que emprendía. Mientras le acariciaba la cabeza le contaba a dónde iría y por qué había elegido hacerlo. Maura nos sorprendió varias veces en pleno coloquio, nos miraba, levantaba las cejas y se volvía hacia el interior o se iba a la calle moviendo la cabeza de un lado a otro, de manera desaprobatoria. Pero el método parecía funcionar, al regreso de mis viajes, el gato ya no hacía reclamos y me parecía que incluso se alegraba de verme. Aunque eso, experimentar la alegría, es algo de lo que nunca podemos estar seguros cuando se habla de gatos.

No pude platicar con el gato de mi viaje más reciente. Sobre todo porque fue uno que ni siquiera yo esperaba. Fue repentino, por la noche. Una punzada aguda en el abdomen me despertó y sacudió de mí todos los conceptos que tenía acerca del dolor físico. Tuve que llamar a una ambulancia cuyo grito alteró el silencio de la oscuridad.

Pasé tres días adormecido por el efecto de los fármacos y escuchando las acciones que los médicos habían tomado para definir cuál era el origen de mi malestar. En general había tenido una vida sana, sin sobresaltos ni complicaciones, por lo que nada me había preparado para lo que vino después.

La doctora fue amable, sensible en extremo, quizá. Explicó todo con cuidado. Las malas noticias requieren siempre explicaciones simples, evitar los rodeos. Así se pueden asimilar de mejor manera. La fatalidad tiene varios nombres, yo conocí uno: cáncer. Cáncer de páncreas en mi caso. Está avanzado y los pronósticos no son buenos.

—Ponga en orden sus cosas —me dice la doctora—. Veo acá que nadie ha firmado la responsiva de su hospitalización.

—Mi familia vive en otra ciudad. Y todo fue repentino, no pude avisar a nadie.

La doctora asiente comprensiva. Pone una de sus manos sobre las mías que están entrelazadas sobre el escritorio. Es una mano suave, cálida. Pienso en la garra de Manchas.

—Esto puede durar unos seis meses, quizás menos. Debe avisar a su familia, poner al tanto a sus amigos, despedirse. No hay mucho que hacer en casos como este. Lo siento mucho.

No lo dice como una fórmula previa, se nota una pena real en sus palabras. Yo muevo la cabeza afirmativamente, le doy las gracias y salgo del consultorio adormecido, no sé si por efecto de los fármacos o de la noticia.

Días después un taxi me deja en la puerta de mi casa pasado el mediodía. Dedico el resto de la jornada a hacer llamadas telefónicas, escucho las respiraciones agitadas, el llanto de mi madre. Algunos prometen ponerse en camino y venir al día siguiente. Termino agotado. Tomo mis medicamentos. El día casi ha terminado y, por primera vez en la vida, tengo la noción de que es uno de los últimos que me tocará atestiguar.

Entonces recuerdo a Manchas y su agonía. No quiero vivir así. Lo he puesto por escrito y se los he dicho de la manera más clara posible a todos quienes tienen cercanía a mi corazón. Si mi tiempo ha terminado, no hay porqué prolongarlo a fuerzas. Es inevitable, no obstante, experimentar la impotencia ante el destino. Una mezcla de tristeza, ira contenida y apretar de dientes. Entonces la mezcla explota en fuegos artificiales. Las lágrimas son la pirotecnia del dolor. Miro entonces a través de la ventana que da a la terraza, entre el velo de mis lágrimas veo al gato. Me mira fijo, sentado sobre sus patas traseras en el escritorio de nuestros encuentros. Siento una opresión en el pecho. Cierro los ojos, agacho la cabeza, me cubro el rostro con las manos y permanezco así durante un largo rato. Cuando vuelvo la vista hacia afuera el gato ha desaparecido.

Intento dormir pero no lo consigo. La sensación de levedad me mantiene alerta en el reino de la duermevela. Imágenes variadas acuden a mi mente y evitan que concilie el sueño, que obtenga reposo efectivo. Entre esas brumas me parece escuchar un maullido. Quizás lo imagino. Pero entonces otro ruido me obliga a despertar por completo, o al menos hasta donde los analgésicos me lo permiten. Alguien rasguña la puerta de la entrada. Me levanto dando tumbos y camino hacia ella. Prendo la luz de la terraza. Cuando abro, por un momento creo alucinar. Sobre el tapete de la entrada hay un pajarillo muerto. No alcanzo a comprender de inmediato. Entonces siento la mirada. Volteo hacia la barda y veo al gato. Me mira con sus ojos que reflejan la luz de la lámpara de la terraza. Todo va a estar bien. Lo escucho con claridad en mi mente. Después toma vuelo y pega un salto hacia la noche detrás de la barda. Regreso a la cama y duermo profundamente. Sueño que los gatos recuperan el dominio del mundo.

~

MARIANA ORANTES

Feral

Este es un gato que camina por su cuenta entre los escondrijos citadinos, y para él todas las calles son lo mismo. Su cuerpo alargado se confunde con las sombras de postes y jardineras, cuando un automóvil pasa cerca, iluminando con sus faros la escena que termina con un destello en las pupilas del gato. Ojos azules y la mirada tranquila; parece sonreír o, más bien, parece que ni siquiera comprende su propia fragilidad. Cruza la calle. Se detiene frente a mí. Soy el gato cazador, soy el gato que te observa sin que tú lo veas, soy el silencioso cuerpo de la noche y para mí todas las calles son lo mismo: estoy solo, camino solo y cada músculo de mi cuerpo se mueve sin que me importe seguir las reglas del juego.

Tres años: salgo en pijama con una linterna al patio de la vecindad. Mi abuelo tiene árboles frutales: chabacanos, ciruelos, naranjos y un cerezo. A los gatos les gusta el pequeño paraíso que brota detrás de las casas grises en los límites oscuros entre la Ciudad y el Estado de México. Salgo con una linterna a buscar gatos. Cuando llego al centro del patio, me escondo detrás de un ciruelo, apago la linterna y comienzo a maullar. Yo también soy un gato.

=^•^=

Mi primer gato fue una preciosa pantera. Entraba por alguna ventana mal cerrada, se escabullía entre las cobijas y se echaba a mis pies. Por la mañana, mi mamá entraba al cuarto y el gato huía como amante descubierto. Así pasó un tiempo hasta que en su otra casa, donde lo tachaban de terriblemente infiel, amarraron su cuerpo con alambres para que no se fuera.

La estúpida naturaleza de los celos: no puedes lograr que alguien

se quede a tu lado si le cortas de tajo la libertad.

En su desesperación por soltarse, el gato se arrancó trozos de pelo y piel. Yo podía escuchar sus gritos de auxilio a través de la noche. Y lloraba por él, por no saber de dónde venía su lamento o si acaso lo volvería a ver. Mi primer gato fue mi primer amor doloroso. Llegó sangrando, boqueando y pensé «se va a morir». Pero no. No ahí. No en ese momento.



Mi gato. El tiempo se contrae: en otra época estamos también juntos. No se ve igual, su aspecto es diferente, pero sigue siendo él. Mi gato. Yo también soy diferente, pero sigo siendo suya. En una fogata, alumbrados por las estrellas, miramos pasar las centurias. Un pacto divino. Un amor que trasciende. Soy el primer gato y tú eres la primera mujer: vamos a romper las reglas. Vamos a escribir otra historia. Entonces quebramos las vasijas exquisitas de la cerámica griega, arañamos los tapices más finamente bordados y tiramos tinta sobre los manuscritos. Eres pequeño y feral, te llamaré caos.



La historia de la esclavitud humana es la historia de la crueldad hacia el animal. No hay forma de separarlos: las formas de producción no consideran a los animales como una fuerza vital de la que abrevamos y a la que habríamos de tratar bajo el mayor respeto (pues nos alimentamos de ella, de una u otra manera). Ni qué decir del horrendo engaño sobre las formas éticas de matar a un animal o de (literalmente) explotarlo.

Se nos ha dicho que el gato cumple la función social de cazador de ratas o, más bien, cuidador del grano contra los bichos rastreros. A mí me parece falso: en el momento en que el gato se instala en la cama principal con la seguridad de un plato de comida, no tiene razón alguna para cazar ratas, más allá de la diversión cruel e inocente, más allá, tal vez, de la protección amorosa.

El abuso al gato no tiene la colorida paleta rojo sangre de la explotación al caballo o la gallina, dado (tal vez) a sus garras, su complexión y su forma de escabullirse para escapar de lo que no le place. Pero confían. Han confiado en nosotros los humanos cada vez que el gato nace, en la eternidad, se encarna de nuevo y se acerca a nuestra mano. El gato ha confiado en el humano y nosotros, como a todos los animales, le hemos fallado. Por allá se ven adolescentes persiguiendo a uno, lanzándole piedras que impactan en diferentes

partes de su cuerpo: ¿te han lanzado piedras sólo por existir?, ¿has sentido el dolor del impacto de un pedrusco en el costado, en la cabeza, en las piernas? Yo sí.

=^•^=

Todas las prácticas que participan del dolor innecesario de un ser sensible se oponen a lo que llamamos vida y, por lo tanto, están en contra del primordial componente que gustamos nombrar de humano.

=^•^=

En el transporte público, de regreso a casa, veo a una pareja que de inmediato me parece desagradable. Dice el Dr. Peck que para los psicólogos el sentido de la repulsión es un buen termómetro acerca de si puedes o no tener un acercamiento empático y ayudar a la persona, pero más que nada, es una guía confiable sobre tu propia ética. Esa pareja me causó repulsión de inmediato: había algo en su forma de moverse, de hablar… pero no, no era eso; la verdadera repulsión me llegó al ver que traían dos cajas de cartón con aberturas y dentro, gallinas inocentes e ignorantes de su destino. La gente es estúpida.

Conozco muy bien el tipo de caja: en Santa María fui vecina de esos que gustan de sacrificar animales en nombre de su religión, porque según la lógica ritual, ofrendar una vida te abre la puerta a obtener un beneficio personal.

Los días de fiesta la vecindad se llenaba de gente y comenzaba la masacre: desde mi ventana podía escuchar los lamentos de chivos y corderos que de súbito se apagaban. Entre más asustados estaban los cabríos, su lamento se parecía más al chillido de un bebé. Las gallinas no hacían ruido y, por ser más baratas en el mercado, las sacrificaban a montones.

Un día fue tal la cantidad de animales muertos que la coladera de la vecindad se tapó y de ahí emergieron cucarachas que entraron a todas las casas, como plaga que reclamaba los asesinatos de inocentes en su papel de erinias rastreras. A todas las casas se colaron por debajo de las puertas. A todas las casas, menos a la mía: cuatro gatos vigilaban que ningún rastrero siquiera se asomara. «Y cuando hiera yo la tierra de Egipto, la sangre en las casas donde ustedes se encuentren les servirá de señal, pues yo veré la sangre y seguiré adelante, y no habrá entre ustedes ninguna plaga de mortandad».

=^•^=

«En el juicio de Dios, preguntaremos: ¿por qué permitiste todo esto? y la respuesta será un eco: ¿por qué permitiste todo esto?». Ilya Kaminsky.

=^•^=

¿Quieres hacer el mejor sacrificio? Te daré una idea: si según la lógica ritual entre más grande sea el sacrificio, mayor es la posibilidad de que los dioses derramen su mirada sobre ti (porque, como se sabe, los dioses carroñeros responden bien a las señales de la sangre), entonces, si eso es… ¿por qué no te ofrendas a ti mismo? Odín se sacrificó para acceder a la adivinación y robar las runas, así que, ¿por qué no te cortas una falange?, ¿tal vez un trozo de tu propia carne?, ¿por qué no te mutilas un pie?, ¿cómo?, ¿te da miedo?, ¿no quieres sufrir?, ¿no te gusta que la sangre que corre y se estanque en la coladera sea la tuya? La cobardía es un atributo de la decadencia. La cobardía es un atributo del sistema bajo el que vivimos. La cobardía tiene un tinte de acceso al cuerpo del que se considera inferior, sin consecuencias, sin finalidad, sin represalias: quiero consumirte sin culpas, dicen. Quiero saborear tu cuerpo sin responsabilidad, exclaman. Te sacrifico a ti para obtener placer yo, sostienen. Y abandonan perros a la orilla de la carretera o lanzan gatos metidos dentro de un costal, como si fueran basura. De ellos es el mundo y yo no quiero participar de ese intercambio. Yo no controlo el mundo. Yo no soy nadie, yo no quiero ser nada, yo no quiero poder. ¿De qué le sirve a un ser-humano estar en contra de lo elemental humano?

=^•^=

El primer libro sobre los derechos de los animales fue un chiste cruel. *A vindication of the rights of brutes* fue un libro publicado como reacción a los libros sobre derechos humanos de Mary Wollstonecraft, quien publicó primero *A vindication of the rights of men* (1790), y después *A vindication of the rights of women* (1792). La intención discursiva del panfleto fue clara; el discurso en voz de un hombre blanco quería ridiculizar la lucha por los derechos humanos: si hombres y mujeres inferiores reclaman que tienen derechos, ¿qué va a pasar después?, ¡hasta los animales van a reclamar que tienen derechos solo por estar vivos!

Recordemos: ante los ojos de los dominantes, hombres y mujeres de color, homosexuales, trans, enfermos, discapacitados, pobres, indígenas, etcétera, hemos sido considerades como no-personas, más cercanos al animal que al humano: no tenemos el pensamiento

elevado, no tenemos alma, no somos hu-ma-nos.

=^•^=

«Tengo aquí un gatito bebé. No puede comer, es demasiado pequeño y la mamá ya no lo quiere. Estaba en la calle. Unos niños lo tomaron para jugar con él y la mamá lo tuvo que abandonar. Lo tengo aquí. ¿No lo quieres? Necesita muchos cuidados». Y allá voy, con una caja de cartón cruzando toda la ciudad. Mi gato. Era demasiado bebé, necesitaba de su mamá: se va a morir, pensé. Pero no. No ahí. No en ese momento. Lo alimentaba cada dos horas con un gotero y le limpiaba los ojos con agua de manzanilla. Creció grande y hermoso. Y luego los cuatro gatos, mis gorgas mal plañidas que protegen la puerta de la casa. O los gatos que rescaté, uno a uno, siempre con pulgas, siempre desnutridos, siempre al borde del se-va-a-morir y tratar de evitar la muerte a toda costa. Porque de eso se trata, ¿no? Yo no quiero sacrificar seres sensibles en nombre del bien común, la religión, el sistema. Soy una persona-gato. Soy feral y camino por mi cuenta. Camino cruzando el tiempo, tratando de encontrar a mi gato que camina sin importarle las reglas del juego. Y aunque lo encuentro siempre pierdo: el contacto verdadero con el otro significa pérdida. Nos vemos limitados y heridos, cayendo desde un quinto piso, pensando siempre «se va a morir», con el dolor de que sí llegará la muerte. Ahí. En algún momento. Pero no te preocupes, no todo está mal. A través de las centurias todavía creo que podemos hacerlo mejor. ~



LUIS TÉLLEZ-TEJEDA

Capilar

Tuve gatos en la infancia:
gatos de crayón y papel,
azules y morados,
como es natural.
Gatos encaramados
a la fronda de los árboles
expectantes de la llegada
del camión de los bomberos.
Perseguí gatos negros
porque la suerte no es cuestión
de niños que pasan
por debajo de la escalera.
Y había una gata que,
en su maullido de celo,
despertaba al niño
que, en sus sueños,
hacía del círculo cromático
un juego de azar.
Un maullido, casi grito,
me inició al insomnio,
a la oscuridad de la vigilia forzada,
ese vértigo que suena a pelo de gato,
a los filamentos atorados
entre la nariz y la garganta,
al rasguño (los rasguños)
del gato que me atrapó
en la cama de su dueño

—territorio felino, se sabe—,
a los colmillos, diminutos estiletes,
de la gata que jamás
dejó que me asomara a la zotehuela
de la casa donde amanecía
con la boca empalagada de ron
—tengo para mí, que sus mordidas
eran caricias comparadas con el alcohol,
punzón mayor, en la corteza cerebral—. n

Sí,
tuve gatos en la infancia,
mientras no me traicionó la noche,
cuando acariciarlos no nublaba mis ojos
con esa comezón de incendio forestal,
cuando solo eran trabalenguas
y cuento sin terminar.
Ahora,
que no me despiertan sus maullidos,
porque no duermo,
solo tengo la certeza
de no tener que sacudir la ropa
cada que salgo de casa. ~

IVÁN SOTO CAMBA

Sobrepeso

Diego teoriza que ciertos gatos no son reales. Ciertos gatos han resuelto el problema de la realidad: ya no la necesitan. Dichos gatos están, por supuesto, en peligro de extinción. Con los demás pasa lo contrario: una sola pareja puede tener dos camadas por año y sus descendientes se multiplicarán exponencialmente para producir 420 mil individuos en el curso de siete años. En una ciudad del tamaño de Guadalajara, cada día nacen 250 y mueren solo 50. En el mundo hay más de 600 millones. Es difícil distinguir qué proporción del corpus la constituyen gatos de verdad y qué parte no.

Por ejemplo, Galleta pesa 14 kilos. Como su tamaño y su peso exceden por mucho las dimensiones originales de su raza (la forma en que su cuerpo fue concebida), el veterinario declaró hace años que tiene obesidad felina. Lorenza, su antigua dueña, era incapaz de mantener la dieta prescrita (aunque no la hiciera ella). Galleta sabía emitir maullidos (aullidos) tan desoladores que terminaba comiendo lo de su dieta más su alimento normal. A pesar de su corpulencia, o quizá debido a ella, es un deleite verla volar: nótese cómo, al tomar impulso, toda la grasa que la forma vibra melódicamente. Una décima

de segundo después, dibuja en el aire una perfecta diagonal con las garras al frente que se eleva 1.7 metros (la barda mide dos). Al descender, el sonido de sus garras arañando el ladrillo duele. Aquí lo intenta otra vez haciendo escala a mitad de la pared para tomar nuevo impulso con las patas (una nube de gris y abundante polvo la persigue como estela de avión). En el aire no hay un solo músculo de Galleta en movimiento, solo pelo. Es como si la velocidad la hubiera disecado. Obsérvese cómo su superficie ondea como un campo de trigo gris con segmentos invasores de trigo negro. A punto de estrellarse contra el filo del muro, se reanima. Se posa con gracia tan exagerada en la cima que parece una gallina que aterriza. Una gallina capaz de matar un venado de seis veces su tamaño. Si saltara luego al otro lado, desde aquí alguien vería cómo desaparecen para siempre (gato y gallina). Galleta prefiere, sin embargo, correr y saltar y caer únicamente dentro de sí misma. Dejar las paredes veraces en el pasado. Mejor estirarse en el sillón prohibido y hacerse bola otra vez. Es posible que, a sus ojos, dejar pasar así los días no sea una rendición sino una victoria, considerando que sus primeros años de vida transcurrieron en la calle. Ahora solo espera que alguien, quien sea, traiga comida.

Malteada es el único felino que invierte tiempo en su arenero aunque no tenga que cagar. Entra y sale de él varias veces al día. A veces dura horas adentro. Cuando Diego no la encuentra, la busca ahí. No es raro que un animal disfrute estar en un espacio constreñido. Es posible que agradezca la oscuridad del plástico amarillo o la que conforma su propio olor concentrado. Desde afuera, solo se ve una sombra obesa (Malteada apenas cabe). A veces, cuando ha utilizado el arenero para su función original, sale, gira sobre sí misma y vuelve a meter solo el 50% de Malteada a la habitación plástica para poder cavar a gusto. Porque ella no cava para ocultar su mierda: pone huevos. Todos los individuos de su especie entierran sus excrementos con las patas delanteras, pero ella usa las traseras y palea con cuidado de no romperlos. Malteada es mitad gato, mitad tortuga marina. Aquí se le ve empollando, dando calor a sus larvas antes de abandonarlas a su suerte. Cuando (cada siete días) Diego saca la arena sucia para cambiarla, ella se esconde bajo el sillón grande de la sala y gime toda la noche. No sale hasta el día siguiente, para ovar de nuevo.

A diferencia del perro, el gato es incapaz de comprender palabras y entonaciones. Aunque puede asociarlas con acciones, no entiende su significado. Tampoco muestra interés en el idioma humano. Por el contrario, prefiere que su dueño aprenda el lenguaje de su comportamiento y se adapte a él. A pesar de ello hay gente que (sin necesidad alguna) habla con su gato. Para Diego es un error: hablar

con gatos es como rezar. Hablar con gatos es como rezarle a gatos.

A Morona le queda chica la cabeza (es la más gorda de las tres). Todo en ella es excepcional. Especialmente la manera en que, no importa qué posición asuma o qué haga, siempre parece estar incómoda. Lame su pelaje blanco con cara de asco. Duerme con cara de dolor, se sienta con cara de dolor, camina con cara de dolor (aunque no le duele nada). Cuando come, deja claro en cada gesto que solo lo hace porque no tiene opción: Morona está gorda por diseño, no por glotonería.

Cuando murió la madre de Diego le dejó algunas deudas, una serie de objetos inútiles que él nunca se atrevió a tirar y ahora ocupan una habitación completa, y a sus gatas. Los primeros días pensó en buscar a alguien que las adoptara (antes consideró dormirlas), pero sintió que a su madre no le gustaría.

Desde que murió su dueña, Morona ya no solo está gorda: encima no juega, no maúlla, no hace nada. Si Diego se le acerca demasiado, lo muerde. Si no se le acerca, Morona se degrada silenciosamente en la alfombra, los sillones, la cama, la ropa. Diego es hipocondriaco y no puede dormir porque imagina que pelos blancos entran a sus pulmones y los van llenando. Desde que cobró su herencia, en toda su piel aparecen ronchas intermitentes. Diego tiene gatos como otros tienen enfermedades. Va a trabajar cada día para comprarles comida, pagar sus visitas al veterinario, comprarles medicamentos. Si tiene planes de salir después del trabajo, antes pasa al departamento para alimentarlos. Aunque Laura lo haga tres veces por semana, Diego aspira todos los demás días. Manda hacer parches para los pedazos de alfombra que funcionan como afiladores de uñas. Contrata un servicio móvil para que los bañen. Diego siente a veces que tener a las tres gatas es como tener aún a su madre enferma, y a pesar de todo lo agradece. Pero al mismo tiempo odia a Morona, Malteada y Galleta, y Morona, Malteada y Galleta lo odian a él (especialmente Morona).

Galleta estudia el misterio de su propio cuerpo. Cuando entreabre los ojos, sobre su pelo parece brillar una capa de miel oscura. Sobre su pelo parece haber un segundo gato borroso. Sobre el pelo de ese gato, unos centímetros más allá, en el buró, también hay una lámpara que no tiene nada de especial. Cuando Galleta no estudia al gato que la cubre, estudia esa lámpara (unas 14 horas al día, todos los días). Tal vez haya algo en esa lámpara que no ve nadie sino ella o tal vez no (Diego se la ganó en una rifa). Quizá su ubicación está en un ángulo más cómodo para el cuello que otros objetos en la sala. Más probablemente, como los humanos ven una película, leen, trabajan, hacen cosas, tienen experiencias, los gatos miran.

Hay una ley que define a los gatos como si fueran objetos (lámparas que pueden comprarse, venderse, embargarse) y otra que los dota de derechos naturales; una que permite la eutanasia felina y otra que prohibe al estado «dormirlos»; una que prohibe comer su carne y otra que regula su comercio; una que prohibe operarlos para quitarles las uñas y otra que obliga a «esterilizarlos».

Malteada es la única que todavía caza. Se recuesta sobre la barda que divide el patio del abismo y embarra su corpulencia lo más que puede al ladrillo. Permanece inmóvil hasta que un pájaro visita las plantas. Entonces se pega tanto al suelo que casi lo atraviesa. Salta con inaudita agilidad para su complexión y apresa al visitante con las garras y después con la boca. A veces le arranca la cabeza. A veces juega con él un rato antes. Cuando se aburre, recorre el departamento dejando un pequeño reguero de sangre y plumas. Lo deposita suavemente justo en la frontera que divide la recámara de Diego del territorio de Malteada (el departamento consiste básicamente en cuatro espacios: el mayor contiene la sala, la cocina y el comedor. Luego hay un baño del tamaño de un ascensor, un cuarto de servicio que ahora ocupan las cosas de Lorenza y, al fondo, la recámara de Diego).

Laura viene lunes, miércoles y viernes. A ella sí le gustan los gatos. Sin embargo, la única labor de limpieza que no hace es cambiarles la arena porque le da asco. Algo en ese olor la pone de malas. Los areneros están pegados a la puerta. Al llegar, el hedor le araña la cara como bienvenida. Todo el departamento huele a orina y croquetas. Laura deja sus cosas sobre la mesa y luego se echa en el sillón a acariciar a los gatos. Después de almorzar, les dedica otro rato. Diego compra juguetes automáticos, como una bola disco que emite rayos láser al azar o animales de cuerda que caminan por la alfombra. A Laura le da pena que su dueño ni siquiera pueda entretenerlas análogamente un rato, así que lleva sus propios artefactos. El favorito de Galleta es un ratón de hilos. El de Malteada, una pequeña caña de la que cuelgan plumas. Laura sabe que con gatos tan gordos hay que tener paciencia. Mantener un rango corto de acción al principio. Pegarles las plumas casi al hocico hasta que llamen su atención y no puedan resistirse. Después ir alejando de forma sutil la carnada para forzarlos a hacer ejercicio (Morona ni parpadea. Se limita a mirar a Laura).

Diego no odia a los gatos, solo parece que los odia. Todo es culpa de su trabajo (Diego es peluquero). Cuando come, a veces caen

cabellos multicolor de la manga de su camisa e invaden sus cucharadas. Cuando se baña, no todos los que se pegan al jabón son de su propiedad. Cuando ve muchos pelos juntos, siente que tiene un animal encima (un cuarto gato). Con los años, ha descubierto que pelos y cabellos tienen un olor peculiar, que se mezcla con el humor de su dueño y al cortarse se contagia y no se quita con nada (como el olor a césped recién podado, que persigue jardineros). Diego no odia a los gatos, solo al pelo en sus horas libres, a los ataques de asma, a tener a alguien que dependa de él para todo y se coma todo su dinero y todo su tiempo.

Para Diego, el gato es un animal que no puede integrarse a su conjunto. Para él no son una especie sino 600 millones de especies independientes. De ahí que no pueda estudiarse su comportamiento. Sin embargo, hay gente que cree que los gatos son la única emoción verdadera. Gente que cree que protegen el inframundo. Gente que cree que nos vigilan. Gente que cree que quieren matarnos y gente que cree que los gatos nos entienden. Diego ha comprobado, en cambio, que en realidad los gatos son animales incompetentes. La realidad es que la realidad misma es un gato mal interpretado.

Morona nunca bebe directamente del plato: utiliza su pata como cuchara. Se la lleva a la boca y lame las gotas que ha logrado pescar. Galleta come lo que le sirvan y lo hace con la desesperación de un perro (los gatos definitivamente son los peores perros del mundo). Cada quinto día, Malteada decide que ya no soporta la marca actual de croquetas. Tira las que hay encima del montón con zarpazos delicados, de tres en tres, hasta que el plato está vacío y el suelo lleno. Esto obliga a Diego a abrir una lata extra de atún mientras puede ir al supermercado por una nueva marca.

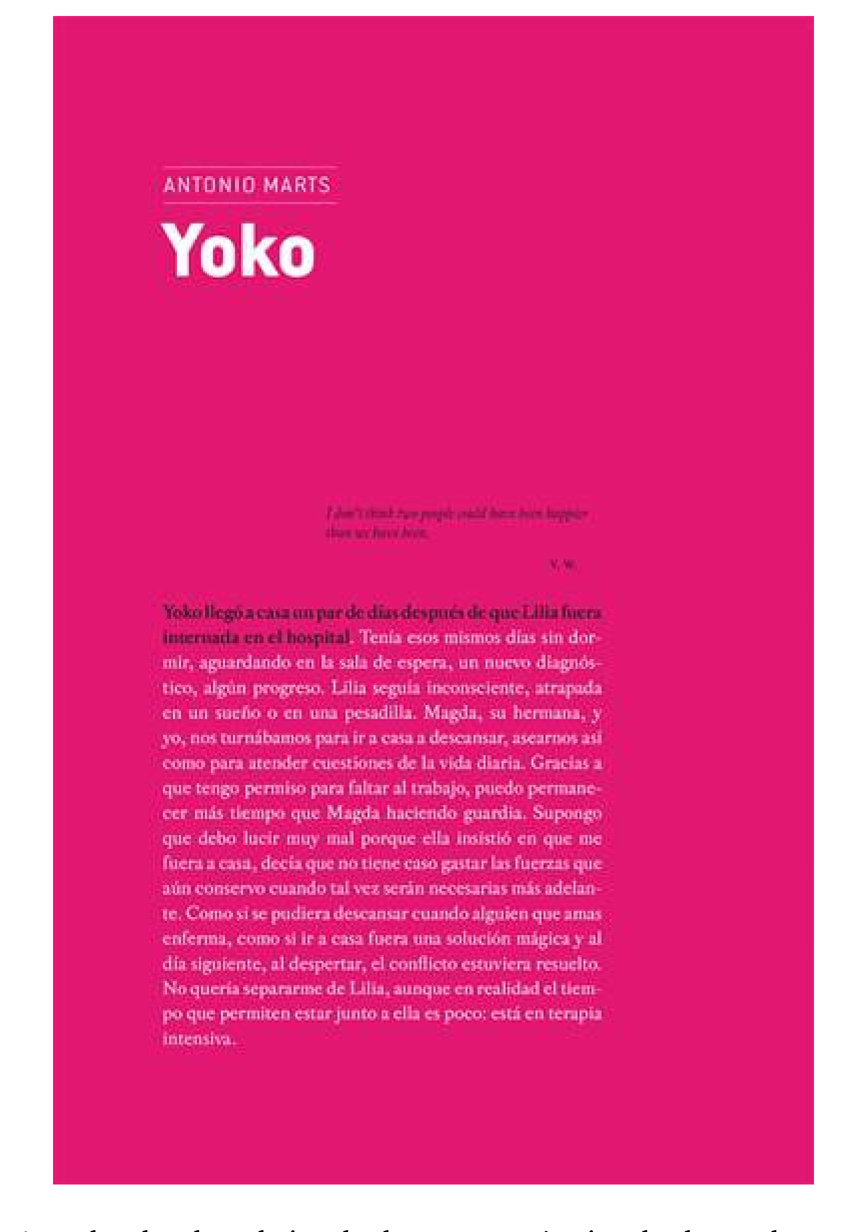
Diego se ha quedado en casa porque se siente mal. Cuando está en la sala, las gatas siempre se alejan lo más posible de él. Malteada entra y sale del arenero tres veces en el curso de media hora. Galleta se encierra en la recámara. Suena el teléfono. Antes de que Diego lo pegue a su oído, la vecina le grita que uno de sus gatos se ha metido a su departamento quién sabe cómo y lleva rato destrozando todo (¡todo!, dice). Diego le explica que sus gatos nunca salen, aunque deje la puerta abierta. La vecina insiste, está segura de que es su gata (la más gorda, especifica. ¡La blanca!). Diego no ve a Morona por ninguna parte. Laura tampoco sabe dónde está, pero no cree que haya salido (esa solo se mueve para comer… y muy despacito). Diego baja. Le abre la vecina (una señora pelirroja) envuelta en una toalla. Se disculpa por eso, pero dice que así la agarró el gato. El departamento está muy oscuro porque, según ella, el gato rompió las lámparas. En

realidad solo hay unos cojines tirados en la alfombra, Diego no ve ningún desastre. Morona está trepada del poste del cortinero y no está claro cómo se equilibra, pero lo hace y hasta con cierta gracia, como un hombre (del tamaño de dos hombres) recorriendo la cuerda floja. Al ver a Diego, todos sus pelos se erizan. En su expresión no hay odio ni asco ni dolor, sino pánico. La vecina le grita a Diego que la agarre y lo empuja hacia la cortina. Él estira los brazos por reflejo y la gata, con los ojos desorbitados, le tira un zarpazo al tiempo que ruge (como rugen los gatos). A Diego esto le da vergüenza, siendo su dueño. Por pena, dice a la vecina que no está seguro de que sea su gata. Cómo no va a ser su gata, dice ella. Diego suspira. Le pide algo para agarrarla y ella le da un trapo. Cuando lo acerca extendido para envolver al animal, este salta como un trapecista a la red. Diego suelta torpemente un extremo de la tela y Morona alcanza a rajarle la mejilla mientras cae con todo su sobrepeso. Apenas toca la alfombra, la vecina, que se ha quitado la toalla, la envuelve y se sienta en la gata al mismo tiempo que grita como si la gata la atacara a ella (ay, ay, ay, agárrala tú, ¡agárrala!). Y Diego la agarra (la abraza por única vez mientras Morona aúlla —maúlla— histérica). La señora corre desnuda al baño por otra toalla. Diego no espera a que regrese, se disculpa a gritos por todo mientras sale lo más rápido que puede. Vuelve a su departamento. Libera a Morona de la toalla húmeda (que huele a pelo húmedo). Esta corre y se esconde detrás del sofá. Malteada se espanta y vuelve a su arenero. Galleta sigue en la recámara. Laura dice: pobrecita. Morona gime muy raro detrás del mueble, hiperventilada. Laura propone que salgan un rato, para dejar que se calme. Salen. Pasan unos 15 minutos muy incómodos afuera, sin saber de qué platicar (rara vez coinciden en el departamento y se comunican con notas y dinero, así que aunque Laura lleva años trabajando ahí, en realidad apenas se conocen).

Tres ciudades del mundo han prohibido a los gatos: ya no los necesitan. Se comen a los pájaros de la zona, que están en peligro de extinción. Además no son obedientes, como los perros. Los gatos sin dueño serán cazados y sacrificados sin dolor. Los dueños de gatos deberán mantenerlos en interiores, mientras esperan a que su mascota muera una muerte natural. Entonces ya no podrán tener otro gato. Se prevé que, eventualmente, con este método se logrará su erradicación (muchas otras ciudades ya estudian estas leyes).

Cuando regresan, la cosa se ve más tranquila. Malteada ha salido del arenero y se lame la pata. Galleta ha dejado la recámara y estudia a Morona, que toma agua del plato a gran velocidad, como si nunca hubiera bebido nada en su vida. Al verla hacer eso, Laura asegura que

esa no es Morona. Cómo no va a ser, dice Diego. Pues no es, dice Laura. Diego se pone en cuclillas y se acerca a ella despacito, para no asustarla. La examina. Ve que Morona es blanca, que la cabeza le queda chica. Sí es, dice. Que no, revira Laura. Malteada se ha acercado al plato, tal vez incitada por los sonidos de chapoteo y bebe también ella (cosa nunca antes vista). Chin, a lo mejor no es, ¿eh? (duda él). Y estira el brazo lentamente y la acaricia, y Morona sigue bebiendo como si nada. Ándele, dice Laura, ¿ya ve? Y como si Morona hubiera entendido todo y quisiera participar de la conversación, gira el cuello con velocidad de serpiente y muerde a Diego en el dedo gordo. ~



ANTONIO MARTS

Yoko

I don't think two people could have been happier than we have been.

V. W.

Yoko llegó a casa un par de días después de que Lilia fuera internada en el hospital. Tenía esos mismos días sin dormir, aguardando en la sala de espera, un nuevo diagnóstico, algún progreso. Lilia seguía inconsciente, atrapada en un sueño o en una pesadilla. Magda, su hermana, y yo, nos turnábamos para ir a casa a descansar, asearnos así como para atender cuestiones de la vida diaria. Gracias a que tengo permiso para faltar al trabajo, puedo permanecer más tiempo que Magda haciendo guardia. Supongo que debo lucir muy mal porque ella insistió en que me fuera a casa, decía que no tiene caso gastar las fuerzas que aún conservo cuando tal vez serán necesarias más adelante. Como si se pudiera descansar cuando alguien que amas enferma, como si ir a casa fuera una solución mágica y al día siguiente, al despertar, el conflicto estuviera resuelto. No quería separarme de Lilia, aunque en realidad el tiempo que permiten estar junto a ella es poco: está en terapia intensiva.

A Yoko la descubrí echada en un rincón de la cochera. No teníamos auto y no era la primera vez que un gato se metía por los barrotes del cancel para pasar la noche en resguardo. Era una bolita temblorosa de pelaje atigrado. Al escuchar mis pasos, se arrastró hacia el vértice del muro y giró su cara felina hacia mí. Sus ojos ámbar, profundos, reflejaban miedo y cansancio. Temblaba. Maulló con un sonido lastimero y débil, y yo, que jamás había tenido mascotas, me conmoví. Mis padres nunca permitieron que tuviéramos animales en casa. Siempre ponían algún pretexto: una supuesta alergia, las pulgas y parásitos que podrían contagiarnos, nuestra irresponsabilidad para

atenderlos. Le abrí la puerta. Ambos estábamos agotados y quizá por eso nos entendimos. Por dentro la casa era un desastre. Hasta entonces no me había importado o no lo había notado. Los trastes se acumulaban en la tarja, la ropa junto a la cama, en las sillas del comedor, sobre los muebles de la sala o donde se me ocurriera dejarla. Una fina capa de polvo comenzaba a cubrir los muebles, inconcebible si Lilia estuviera en casa. No se necesita que pasen muchos días para que el caos conquiste el espacio que habitamos.

Una vez que la bolita de pelos exploró un poco y se sintió segura, comenzó a restregarse en mi pantalón con maullidos que supuse exigían alimento. ¿Qué se le puede dar de comer a un gato? Tenía una vaga idea y no estaba seguro de que lo encontraría. Abrí el refrigerador, me llegó un tufo podrido, la mayor parte de los alimentos estaban caducos o tenían mal aspecto, las verduras blandas o secas, nada de eso serviría. En la alacena encontré un *tetrapack* de leche, serví un poco en una taza. Bebió ávida. También encontré una lata de atún. Mientras la veía comer fui consciente del cansancio, de la ausencia de Lilia. Del vacío.

Era increíble cómo en tan poco tiempo se había ganado mi atención. Descubrí que provocaba mi risa, y reír me daba mucho descanso. Me divertía verla cazar su cola corriendo tras ella en círculos, perseguir alguna hoja seca agitada por el viento o sus intentos de atrapar cualquier insecto que se cruzara en su camino; se agazapaba acechante y de pronto corría de un lado a otro sin sentido o razón aparente. Las cintas de mis zapatos le encantaban, y pegaba de brincos intentando capturar las llaves si las agitaba cerca de su cabeza. Su juventud gatuna le proporcionaba energía inagotable.

Los animales domésticos en general son agradecidos, y a pesar de lo que se dice en particular de los gatos, aquella gatita de ojos ámbar se me repegaba cada que me veía llegar, incluso parecía que me esperaba. Podría ser, sí, que tan solo fuera una manera de anunciar su hambre, o que su arenero improvisado estaba sucio y era hora de limpiarlo. Pero después, cuando me sentaba en el sillón o reposaba en la cama, se acurrucaba junto a mí, convertida en un ovillo y se dormía ronroneando. Ver a Yoko me daba esperanza. Una paz extraña.

Anoche, antes de llegar a casa, paré en la tienda de la esquina a comprar un sobre de comida para Yoko. Debían ser cerca de las diez, porque la tienda aún no cerraba. A esa hora la luz que escapaba de sus puertas se convertía en el punto de referencia de la cuadra, por lo general mal iluminada. Parecía el típico local de abarrotes, pero podíamos encontrar desde los alimentos más básicos hasta botellas de vino de calidad respetable. No era muy amplia, y de pronto me daba cierta claustrofobia recorrer sus pasillos, sobre todo cuando se llenaba

de gente y parecía que los vecinos escogíamos la misma hora para hacer nuestras compras.

En condiciones normales hubiera pasado de largo, pero tenía la responsabilidad de Yoko, así que tuve que entrar. Mientras escogía entre un sobre pescado o res, caí en cuenta de que la última vez que había estado ahí, Lilia me acompañaba. Aquel día ella estaba de buen humor porque al fin había enviado a imprenta una colección de libros infantiles de la que era responsable. Quería un festejo sencillo, una cena ligera y un poco de alcohol para brindar. Yo, por el contrario, esa noche estaba distraído, respondía las preguntas que mi jefe y uno de los clientes me enviaban por Whatsapp. Al día siguiente teníamos una reunión en la que presentaríamos un proyecto en el que habíamos trabajado las últimas semanas.

Dejé que ella seleccionara el vino y apenas si le presté atención a sus palabras. De aquella noche recuerdo que platicamos de los libros infantiles, la emoción que le daba que pronto estarían circulando en las escuelas, que moría de ganas de ver a los niños hojeándolos, de escuchar su opinión y comentarios. Me constaba cuánto había batallado para que respetaran el proyecto original, sus constantes roces con los del departamento de mercadotecnia que deseaban un producto más comercial y «vendible». Al final había logrado salirse con la suya, pero estaba exhausta, incluso un tanto desilusionada. Quería hablar, yo escuchaba. Nos quedamos dormidos mirando una serie, abrazados. La mañana siguiente fue la última que nos vimos. Nos despedimos con un simulacro de beso en el que apenas rozamos nuestros labios, seguramente intercambiamos las frases de siempre, «buen día», «con cuidado», «me avisas cuando llegues», palabras atrapadas en la cotidianidad. La vi salir y en ese momento supe que debía ir tras ella y abrazarla. No lo hice.

Salí de la tienda. Los relámpagos anunciaron que sería una noche tormentosa. A esa hora la colonia donde vivo se transforma en un laberinto de calles vacías por el que ocasionalmente pasará algún auto. Llegué a casa. El tintineo de las llaves anunció mi llegada. Al abrir la puerta esperaba encontrar a Yoko intentando escabullirse entre mis piernas; la primera vez lo había logrado, para susto mío, aunque no pasó más allá del cancel. Fue extraño que en esta ocasión no apareciera.

Del día en que se llevaron a Lilia al hospital mis recuerdos son confusos. Supongo que después de la despedida con aquel beso casi furtivo, seguí la rutina diaria: estar listo a determinada hora, agarrar la bicicleta, ir al despacho, el primer café, junta para ver pendientes, hundirme en el trabajo diario para huir del paso del tiempo. A la hora de la comida mi teléfono comenzó a vibrar. Era Magda. Hablaba con

prisa y de manera un tanto incoherente. La conversación fue apenas un intercambio de frases cortas. Monosílabos. Lilia estaba en el hospital. Desmayo. De la nada. Caída. Sorpresa. Ataque. Ambulancia. Terapia intensiva. Seguro médico. Napalm inyectado en las venas.

Busqué a Yoko por toda la casa y no la encontré. Me asomé a sus escondites favoritos, los que había ido descubriendo en una especie de juego gato-humano, no estaba. Abrí el sobre de comida, por lo regular método infalible, tampoco apareció. De nuevo el vuelco en el estómago. La casa no era tan grande y no es que tuviera muchos lugares para esconderse. La había llamado Yoko por mi afición a los nombres japoneses. No me considero un fan del *anime*, apenas si puedo recordar algunas películas o *mangas*, pero me encanta la historia de ese país, y sin duda su arte, sus ilustraciones y su diseño. También por deformación profesional, trabajar en un despacho creativo pensando en nombres para productos, marcas o campañas me llevó a soltar nombres al azar, de los más clásicos hasta los más ridículos; y al pronunciar Yoko volteó, seguramente por casualidad, pero qué importaba. Ese sería su nombre. Estoy seguro de que Lilia lo habría aprobado con una sonrisa cómplice. A veces bromeaba diciendo que ella había sido la Yoko Ono del grupo de amigos que nos reuníamos, por lo menos una vez al mes, desde la preparatoria, y que por coincidencia, habíamos dejado de vernos desde que ella y yo comenzamos a vivir juntos.

Me senté abatido en el sillón y entonces me di cuenta de que la ventana de la sala estaba abierta. Era un ventanal que iba del piso al techo, dividido en tres paneles que se abrían en diagonal hacia afuera y que sin problema permitían el paso de un gato. No era usual que abriera esos postigos, pero aquella mañana había amanecido con un calor sofocante. Por las prisas olvidé cerrarlas y seguramente Yoko, que no era de quedarse quieta y para quien la calle era un imán, se había escapado. Salí a la cochera con el sobre de comida, comencé a llamarla por su nombre y a hacer esos sonidos que todos creemos que atraen a los gatos aunque nos hagan parecer ridículos; recorrí la cuadra con la lámpara del celular alumbrando la banqueta y busqué bajo los autos estacionados; me asomé a otras cocheras, algunos perros ladraban inquietos y temí que esto hubiera asustado a la gatita y provocado que se alejara de casa sin darse cuenta. Tenía la esperanza de que no hubiera intentado atravesar la avenida cercana; paradójicamente, a pesar de ser hábiles y flexibles, los gatos son torpes para cruzar las calles. El viento agitaba las ramas de los árboles, los relámpagos se sucedían uno tras otro como si alguien hubiera decidido jugar con el apagador de una habitación. La busqué un rato más, hasta que sentí las primeras gotas en mi cabeza y no me quedó

de otra que resignarme y volver a casa. Por un instante imaginé que al abrir la puerta Yoko estaría ahí, como si nada, lamiéndose. No fue así. Vacíe el contenido del sobre en un plato que había en la cochera y dejé la ventana abierta, no me importó que el agua de la lluvia pudiera mojar los muebles: si Yoko regresaba, no debía encontrar obstáculos.

Apenas pocas hora antes, en la tarde, el médico a cargo de Lilia me había soltado el temido discurso de que estaban haciendo lo humanamente posible para estabilizar los signos vitales, que eran tan débiles que resultaba difícil preveer la evolución que tendría. Me advirtió que en cualquier momento podría morir. Ante sus palabras me quedé petrificado unos instantes en el pasillo del hospital. Solté un gracias de manera torpe e innecesaria, balbuceando. En cuanto pude moverme me dirigí a la sala de espera para encontrarme con la familia de ella, si hubiera tenido oportunidad lo habría evitado. Me costaba enfrentar la realidad y además ser el portador de las malas nuevas. El mensajero es también verdugo. Deseaba desaparecer, que nadie más supiera de mí. Magda, como era natural, fue quien primero se acercó. Bastó una mirada para comunicarle las novedades. Nos abrazamos mientras el resto de la familia se acercaba. Les compartí las palabras del médico. Hubo quienes mostraron su incredulidad, algunos su enojo; yo me sentía como un satélite perdido en el espacio girando en torno al planeta. Descubrí que en este tipo ocasiones no es la falta de sueño o de comida lo que agota, es el estar pensando cada minuto en lo que no hiciste con la persona que ya no está contigo, todo lo que se queda en promesa o ilusión. En mi cabeza una y otra vez, como un *loop* infinito, la veía salir de casa. Recordaba ese último roce que jamás pensé sería el último. Las palabras a punto de salir de la boca, que no fueron pronunciadas. Exhausto, salí del hospital. Me sorprendió que ya era de noche y presagiaba tormenta. Recordé que Yoko no tenía comida y de inmediato supe que Lilia jamás permitiría que la dejara sin comer. No habíamos tenido mascotas, era verdad, pero cuando la visitaba en casa de su familia, antes de vivir juntos, tenía a su cargo cuatro gatos a los que mimaba casi como lo hacía conmigo. Estoy seguro que me habría dicho ve y dale de comer a esa gatita y luego regresas, yo esperaré. Le pedí a Magda que me avisara si había noticias y regresé apresurado a casa.

Aflojo el cuerpo. Me debato entre volver al hospital al lado de Lilia o esperar el regreso de Yoko. Quizá no debí sentarme, el cansancio acumulado se me viene encima. Afuera, un viento de huracán acompaña la tormenta, el agua azota el vidrio de las ventanas. Al poco tiempo el granizo comienza a golpear los cristales y los rayos se

suceden uno tras otro con truenos poderosos. Procuro estar atento a cualquier sonido en la calle, pero entre el viento y el ritmo del agua en algún momento me quedo dormido.

Abro los ojos. Frente a mí Lilia agita un listón que Yoko persigue e intenta atrapar, me voltea a ver y con una sonrisa agradece que la adoptara. Entre ella y yo ya no son necesarias las palabras, si acaso un ligero movimiento afirmativo con su cabeza. Miro a Lilia en una playa, chapoteando entre las olas, el sonido del mar sobre la arena se escucha nítido, su risa. Observo los ojos de Lilia iluminados por la tenue luz de una película que vemos en un cine. Debe ser una comedia romántica, le fascinan. Algunos finales felices me hacen llorar, pero cuando sucede me hago el tonto, y procuro limpiar de mi cara las lágrimas con un discreto movimiento de los dedos. Ella, en cambio, llora con descaro y libertad. Lilia me toma del brazo y me hace bailar, vence cualquier resistencia de mi parte. Nos abrazamos. Amo el aroma de su cuerpo. Me dice: «Nadie conduce a nadie, nadie marca la pauta, solo nos dejamos llevar».

Despierto de golpe. Hay un silencio extraño en la casa, un ardor anómalo en el ambiente. Percibo distante el sonido de una bomba de agua, el paso de un auto en la calle, el trino de algunas aves. Viento fresco se cuela por la ventana abierta. Tardo un poco en saber qué sucede, el recuerdo de haber estado con Lilia es aún muy vívido. Luego la realidad llega de golpe con una inyección de adrenalina. El hospital. Lilia. Me levanto apresurado y lo primero que hago es buscar mi teléfono, quizá me llamaron y no lo escuché. Pero no. Ninguna llamada. ¡Yoko!, digo en voz alta. Deseo que al voltear aparezca, quitada de la pena, junto a la ventana. Tampoco. Escucho entonces unos débiles lamentos. Pongo atención. No sé si los estoy imaginando. Deben venir de la calle. Abro la puerta ansioso. Frente a mí, la postal de lo que promete ser un día maravilloso: la cochera mojada; los charcos que dejó la lluvia, doble cielo despejado y muy azul; la calle invadida de hojas y ramas rotas; huele a cemento húmedo, a tierra mojada; algunas gotas suspendidas en los alambres, a punto de caer, y a mis pies, el cuerpo empapado y sucio de Yoko. Tiembla. Parece mal herida, pero no veo sangre. La respiración es débil, apenas perceptible. Siento una profunda rabia. Parecemos estar dentro de una burbuja en la que todo lo demás es ajeno. Por un momento pienso que ha dejado de respirar. La toco. No sé si debo. Al tacto de mis dedos ronronea y la mañana es ahora un nudo en la garganta. Dudo entre levantarla y buscar un veterinario o simplemente quedarme mirando y esperar. Yoko. Yoko. Pronuncio su nombre. Lo repito como un mantra. Yoko, aquí estoy. Pero aferrarse a las palabras, a los nombres, no basta para encadenar el soplo de vida a un cuerpo. No sé en realidad qué espero.



Una gota de agua cae sobre el suelo mojado. Como única respuesta suena el teléfono. ~

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

El misterio del mundo

Es lo malo de los seres vivos: no duran mucho tiempo. Un día son gatitos y al día siguiente ya son gatos viejos. Y luego sólo quedan los recuerdos. Y estos se desvanecen y se mezclan...

NEIL GAIMAN
The Ocean at the End of the Lane

I

Después de seis años de habitar en esta casa, me dicen que debo dejarla. Pienso, por supuesto, en los latosos días que se vienen, pienso en la gastadera de dinero que implica y en que ya no seré vecina de mi mamá, circunstancia que ambas disfrutábamos. Pero por alguna razón, cuando recibo la noticia, lo que más me preocupa son los gatos. Los miro. Me miran de vuelta. «¿Qué vamos a hacer?», les pregunto.

No dicen nada.

(Y no se debe tanto a que no hablen, sino a que no saben qué decir. Aún).

II

No recuerdo haber vivido en una casa desprovista de animales. Como muchas personas que aman a los gatos, pienso que son el alma de un hogar. Pienso también que esto es una paradoja: un animal no debería estar confinado a una casa, y sin embargo, perros y gatos pueden hacerlo sin demasiados problemas a cambio de refugio, comida y cariño. Las *especies compañeras*, como las denomina Donna Haraway, nos hemos adaptado a vivir de esa manera, y aquí estamos: yo no concibo vivir en una casa donde no respire, camine, haga ruido

y sea acariciada constantemente una criatura no humana.

III

Al teléfono, un agente inmobiliario me pregunta si tengo mascotas.

«NO MASCOTAS», advierten (así, con mayúsculas) la mayoría de los anuncios en *Segundamano* o *propiedades.com*. La palabra «mascota» representa, en mi cabeza, a esos pobres perritos de genética de diseño que pueden llevarse a todas partes dentro de una bolsa, adornados con moños o vestidos; o bien, me imagino a un hámster dentro de una jaula, condenado a estar huyendo sin huir dentro de una esfera de plástico. Representa, pues, eso que venden en +Kota: objetos necesarios para la gente que desea acercar a sus animales a los ritos humanos modernos más artificiales, al reino del plástico y los disfraces.

Hay una herida visible en nuestra vida urbana: la ausencia de la *Naturaleza*, fabuloso invento del siglo xviii que nos permitió admirarla y añorarla. Antes no había necesidad de observarla a distancia: la naturaleza era la casa y también éramos nosotros, vivíamos en y a merced de ella. La suplimos con árboles de banqueta, palomas, gorrioncitos y ardillas y, a últimas fechas, con videos de animales haciendo cosas chistosas en YouTube[3]. Pero para algunas personas eso no es suficiente: necesitamos el espejo cotidiano de unos ojos no humanos, la compañía serena, absoluta, de esa otredad viva.

Pienso en esas primeras casas de la humanidad que fueron las cuevas de Chauvet. En sus paredes hay caballos, leones, bisontes capturados por una mano hábil en esa precisa negrura del carbón sobre la roca. Los animales imposibles de dominar acompañaban la presencia humana ahí dentro. *Animales de compañía*. Solíamos acompañarnos, en términos más justos y equitativos, en el desconcierto y la maravilla de estar en el mundo.

Sanamos la herida de esa separación con los animales de compañía. A veces esa herida se acompaña de otras y de pronto se vuelven más necesarios, su cariño y su estar ahí de forma incondicional son más urgentes. *Esclavos emocionales*, los llama Donna Haraway.

Respondo al teléfono que no, que *no tengo mascotas*, aunque muy a mi pesar sí las tenga, mientras los gatos me miran con sus ojos dorados. Y es que no quisiera usar esa palabra para nombrar a los animales que me han acompañado a lo largo de la vida. Han confiado en mí, humana, para coexistir. He tratado de que vivan y mueran felices y dignos. Nos cuidamos mutuamente. Y cuánto nos hemos amado.

Enseguida me arrepiento de negarlos. Le digo al señor: «¿Sabe qué? *Tengo gato*», así, en singular, pues una «s» de más, en este caso, me delataría como Loca Señora de los Gatos, y adiós contrato.

«No me miren así. Necesitamos una casa», les aclaro a Chewbacca y a Fellini, que siguen sin decir nada (aún).

Y tenemos que seguir buscando.

IV

Localizo un departamento que podría ser el bueno. Es, en realidad, el segundo piso de una casa que funciona como el estudio de un pintor. Hay que subir por unas escaleras de caracol, pero tiene su recompensa: la vista, desde ahí, es preciosa. Entro a la amplia habitación principal: hay espacio para la cama y para mi escritorio. «Si lo pego a la ventana», pienso, «los gatos podrán echarse sobre la parte superior y ver los árboles, el cielo, los pájaros, mientras escribo». Nos imagino a los tres, observando las noches desde una azotea, territorio histórico gatuno, una torre de Rapunzel, quien tiene toda la pinta de haber sido loca de los gatos. «Seremos felices aquí», sentencio.

V

Ya en la nueva casa, mientras Chewbacca y Fellini corretean entre las cajas, por curiosidad reviso en el diccionario la etimología de «mascota»: viene del francés *mascotte*, que significa «talismán» o «amuleto», pues *masco* significa «hechicera». Pienso en todas las brujas con gato que nos precedieron. Brindamos en su nombre, valoramos su sacrificio y juramos mantener su mala reputación.

VI

La gente que tiene más de un gato al mismo tiempo (la gente que está habituada a convivir con animales, en general) sabe que la individualidad no es exclusiva de los seres humanos: percibimos y amamos a esas personas no humanas que son nuestros amigos de otras especies. Norrell y Bagheera[4], los gatos hermanos que obsequié a mi mamá, son irrepetibles: por eso uno lleva el nombre de un mago y otro el de la pantera de *El libro de la Selva* (aunque Neil Gaiman tiene razón, creo: los gatos no necesitan nombres porque saben quiénes son, a diferencia de las personas, según el felino de *Coraline*). Y lo mismo mis compañeros actuales, que ya no podrán pasarse de un balcón a otro para visitar a sus vecinos.

Fellini llegó un año antes que Chubi después de sobrevivir al sacrificio que un refugio de animales impondría a toda su familia. Es el guardián de todo lo que sucede, presto ante las amenazas del exterior, pero también las del interior: es el primero que comprende mi tristeza y se acomoda dentro de ella para consolarla. Un pequeño señor que se arroga la responsabilidad de cuidarnos y defendernos, cariñoso y dulce pero también fiero, retador. Chewbacca es todo lo contrario. Fue hijo único en medio de condiciones de salud muy adversas, y algo de eso se le quedó: su espíritu es infantil, imprudente, chiqueón. Tuvo suerte, porque fue Verónica Murguía (una de las personas más generosas de esta tierra) quien lo recibió en el mundo, quien lo llevó en un bolsillo de su delantal cuando aún no abría los ojos, lo limpió cariñosamente cuando le dio diarrea por todo su estudio y lo dejó jugar entre sus libros. Desde recién nacido nos mató de risa con su peinado *wookie* y su torpeza de gato gordito y paticorto. Ella me pasó la estafeta de su cuidado. Chubi es un heraldo de la felicidad.

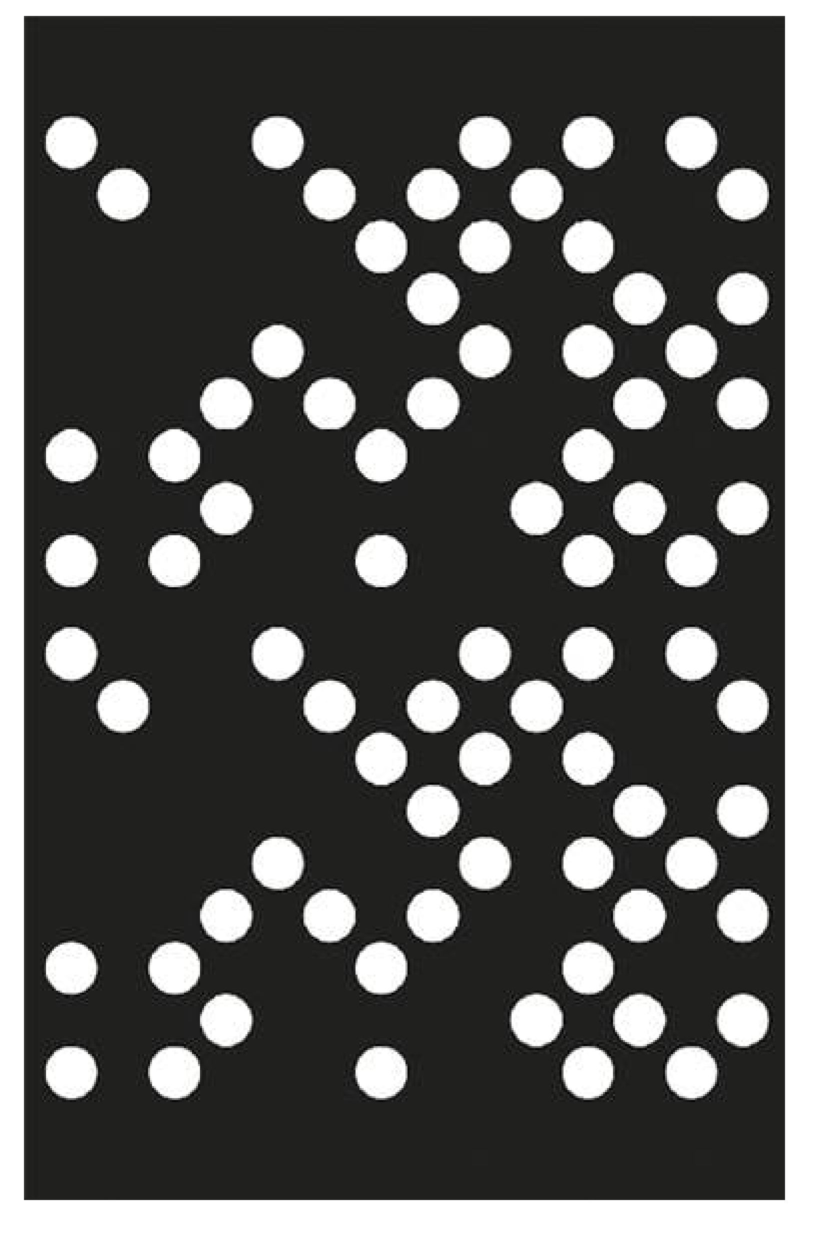
Estoy orgullosa de la confianza que han puesto en mí (al cabo, soy una de mi especie) y me siento en obligación de honrarla. Por eso tengo que asegurarme de darles un buen lugar para vivir. Un plato lleno y una fuente de la que beber, un techo y una ventana, me parecen poco para ellos en comparación al mundo que los seres humanos les robamos, y del que les correspondía una buena tajada.

VII

Hay una parte de mí que antes solía considerar ingenua y fantasiosa, pero que hoy aprecio. Es esa parte que sigue gustando de *El gato más rico del mundo*, y pensando de vez en cuando en el gato de Baba Yaga, y en el de *Coraline*: en todos los gatos que hablan… porque estoy convencida de que sí *hablan*, de que he conversado con todos mis gatos. Ursula K. Le Guin dice: «Los niños tienen que ser persuadidos, convencidos, de que los animales no hablan […] Pero mientras sigan desobedeciendo órdenes e investigando, sabrán que no es cierto. Saben que nosotros y las criaturas que son fisiológicamente como nosotros nos comprendemos mutuamente. Lo hacemos por traducción, sobre todo. Traducimos los pequeños lenguajes de los animales —que son 'hablados' a través de movimientos corporales y posiciones y sonidos que son significativos pero no específicamente palabras simbólicas— a nuestro gran lenguaje, con todo su simbolismo y sintaxis y subjuntivos […] algunas personas son mejores para traducir que otras, y deberíamos escucharlas si realmente queremos saber lo que dicen las bestias».[5]

Yo no sé si aún puedo traducirlos, no sé si este ronroneo de Chubi

signifique, como pienso, *Amiga, confío en ti*; y esta mirada de Fellini, *Nada es importante. Solo tú y yo y el aire que compartimos aquí, ahora*. Lo que sí sé es que a mí los gatos me han traducido sin palabras el misterio de los animales, el misterio del mundo, y agradeceré siempre haber podido atestiguarlo junto a ellos. ~



AUTO*REX*

EDUARDO HICHÍN SOSA

(Campeche, 1979). Lo que más le gusta de los gatos es que parecen nunca estar en cierre. Lo pueden leer en *Letras Libres*, tediosfera.wordpress.com y en el libro *¿Escribes o trabajas?*

ATENEA CRUZ

(Durango, 1984). Aunque se considera una persona más afín a los perros, es amante de los gatos por herencia familiar: su abuelo y su madre le inculcaron una adoración hacia los felinos domésticos que ni las alergias han logrado derrocar. Para leerla más: *Letras Libres*, en su página de Facebook: Atenea Cruz - escritora, en Twitter: @ateneacruz o en los libros *Ecos, Suites de las fieras, Diario de una mujer de ojos grises* y *Corazones negros*.

ALEJANDRA DÍAZ

(Aguascalientes, 1996). No está convencida de que le gusten los felinos. Mientras lo descubre, aprende a conocerlos mediante el tacto. También los observa y, aunque no le hablan, escribe sobre lo poco que sabe de ellos. Otros textos suyos pueden leerse en la revista *Bistró* y en la antología *A donde la luz llegue* (Sangre ediciones, 2018).

BERENICE CASTILLO

(Zapopan, 1984). Lo que más le gusta de los gatos es que te enseñan a amar lo inaprensible. En Paraíso Perdido, puedes leerla en *Río entre las piedras*.

JOSUÉ SÁNCHEZ

(Córdoba, 1989). Le gusta cuando los gatos hacen como motor de refri porque parece que congelan la ansiedad. Pueden leer más de sus cuentos en *No se trata del hambre, En el pabellón de las dieciséis cuerdas* y en las revistas *Luvina* y *Tierra Adentro*.

ARELY VALDÉS

(Zacatecas, 1993). Más que gustarle, los gatos le intrigan. Léanla en *Playlist para extravío* o en missterremoto.com.

MONTSERRAT ACUÑA

(Querétaro, 1994). Ama a los gatos porque cada uno tiene su personalidad, por ejemplo, estar con Gati, para ella, es como vivir junto a un peluche malvado. Su familia la integran dos: Gati y Shinji. Pueden leerla en la plaquette *Muñelocos* (Pan Caliente Ediciones, 2018) o próximamente en el poemario *Una casa como* (Editorial Palíndroma, 2020), también pueden encontrarla editando *El Periódico de las Señoras*.

ALEJANDRO BADILLO

(Ciudad de México, 1977). Lo que más le gusta de los gatos es que se convierten en tu alter ego. Lo pueden leer en *Literal Magazine*; los libros *Efectos secundarios, El clan de los estetas*, la antología *El hambre heroica,* entre otros.

IRA FRANCO

(Ciudad de México, 1973). Ama a los gatos, esos grandes iconoclastas, felices de patear las imágenes sagradas del dueño y señor de las cosas (quien, pensándolo bien, no lo es del todo). Léanla también en *La reina está muerta*.

SERGIO BLANCO

(Guadalajara, 1977). Lo que más le gusta de los gatos es su actitud desinteresada y capacidad fantasmagórica de desvanecerse. Para leerlo más: en alguna de las notas de seguridad de *El Informador* y en sergioblanco77.wordpress.com

ÉDGAR ADRIÁN MORA

(Tlatlauquitepec, 1976). Los gatos, para él, son esas bolas de pelo cuya presencia, compañía y consuelo se siente, a pesar de su esfuerzo por que parezca lo contrario. Lo pueden leer en fabricadepolvo.blogspot.com, los libros *Memoria del polvo, Agua, Raza de víctimas, Continuum. Una novela sobre Héctor Germán Oesterheld, Dos veces en el mismo río* y *Cerro que arde*.

MARIANA ORANTES

(Ciudad de México, 1986). Le gustan los gatos porque, como ella, viven la vida en pijama. La pueden leer en https://about.me/maorant, *La pulga de satán, Érase una vez en los beatos, El día del diente de leche, La casa vertebrada, Huérfanos* y *Los caballeros se quedan a descansar*.

LUIS TÉLLEZ-TEJEDA

(Naucalpan, México, 1983).

No le gustan los gatos porque sabe que están esperando el

momento de saltar y marcar sus garras en su cara. Síganlo los buenos en Twitter: @pavidonavido. O léanlo en *Busca otro amor, Media tarde, Soñar tu insomnio, Morinia, ciudad de la memoria* y *El botón de Prudencio*.

IVÁN SOTO CAMBA

(Guadalajara, 1982). Lo que le gusta de los gatos son sus orejas izquierdas. Lo pueden leer en: *Pistolar* y *Gelatina*.

ANTONIO MARTS

(Guadalajara, 1976). Aún no sabe por qué los gatos. Para él, un día llegaron para quedarse. Así, sin más. Hace mucho que no publica un libro, pero si los encuentran, pueden leerlo en *Antes de estar, La memoria, el eco* y *Árbol rojo sobre la colina*.

GABRIELA DAMIÁN MIRAVETE

(Ciudad de México, 1979). Le gustan los gatos porque le parece increíble que con todo lo capaces y bellos y autónomos que son, se dejen cuidar y contemplar, y vincularse con estas criaturas tan grandes y torpes que somos las personas. Para leerla más: *Soñarán el jardín, La nieve y los pájaros, Arañas, pesadillas y lagañas… y otras misiones para niñonautas*. Síganla en Twitter @gabrielintica.

ILUSTRADO*REX*

ABRIL CASTILLO

(Morelia, 1984). Le gustan los gatos porque siempre se encuentran en el momento indicado. Más de su trabajo: en los libros *Chet* y *Sobremesa*, y la novela *Tarantela*.

IG: @abrilcastilloc

TW: @imlittlealice

Web: alacrannna.com

CHANGOSPERROS

(Villahermosa, 1983). Razón por la que le gustan los gatos: le cagan los gatos. Sigan su trabajo en Facebook, Twitter e Instagram. Lo encuentran como ChangosPerros.

MARIA MAGAÑA

(Guadalajara, 1988). Le gustan los gatos porque son amigos peludos inteligentes e independientes, además de que son calientitos y perfectos para echar siesta juntos. Tiene dos felinos cohabitando el espacio y siempre la animan con sus ronroneos sobre pancita. Publicó un libro infantil con Planeta Sostenible: *Juana y Gabriela: Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz*.

IG: @mariamagania Web:mariamaga.com

MARIANA MOTOKO

(Chihuahua, 1986). Es diseñadora e ilustradora. Sus creaciones han sido parte de la imagen del Festival de Cine de Guadalajara, de una colección de edición limitada para C&A, en colaboraciones con Vans, y en FILustra, entre otros proyectos. Síganla en IG: @mariana.motoko

LA EDITORA

ABRIL POSAS

(Guadalajara, 1982). Le gustan los gatos porque, si son felinos con suerte, le recuerdan a la gente con la que han vivido, y que en realidad todo lo que necesitas para ser feliz es un almohadón y arrumacos. También habla de gatos en *El triunfo de la memoria* y TW @ladyprovolone.



Esta edición de ***GatoRex***
con un tiraje de 500 ejemplares.
fue impresa en noviembre de 2019
en los talleres de Integra
[Arista 2086 | Colonia Villaseñor | 44600
Guadalajara, Jalisco, México].

En su composición se usaron
las fuentes **Pradell** de 11 puntos
y Conduit itc pro, de 9, 18 y 47 puntos

NOTAS

[1] No aplica a Marco y Polo, mis roomies, que aprovechan cada oportunidad para los arrumacos cuando leo, veo la tele o trabajo desde casa. También cuando mi hogar se convirtió en un estudio, cuando renuncié a mi estabilidad económica por hacer lo que más me gusta, cuando escarbé en mi memoria para una novela, cuando la lluvia me despertó en la madrugada. Y, sobre todo, cuando convoqué a estas escritoras y escritores, a ilustradores e ilustradoras que sigo y admiro. Cuando le puse punto final a esta introducción, había un puñado de sus pelos entre mis dedos. Espero que no seas alérgico.

[2] Advertencia al lector: aquí comienza la tediosa alabanza que temía desde un inicio. Puede saltarla y pasar al párrafo final, o seguir leyendo.

[3] Sinceramente, creo que lo mejor que nos ha dado internet son los videos de animales. Quizá sea una esperanza vana, pero tal vez los gatos haciendo tonterías nos enseñen a apreciar al resto de los animales en esta era de extinción masiva de especies. No en balde ya abundan los videos de patos, cerdos, cabras, demonios de tazmania y lagartos.

[4] En honor al personaje de *Jonathan Strange y el Señor Norrell*, de Susanna Clarke, y a esta cita de Kipling, donde Bagheera habla a Mowgli: «Tú eres y no eres de la selva, y yo soy solo una pantera. Pero te quiero, hermanito».

[5] En un hermoso ensayo sobre la fantasía en la literatura infantil como la forma literaria más generosa para representar la vida en común de animales y personas: «Cheek by Jowl: Animals in Children's Literature», en *Cheek by Jowl* (Aqueduct Press, 2009)